The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

918.2
V241a

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

DEC 2 1 1976

ALGUNAS SEMANAS EN LA ARGENTINA

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/algunassemanasen00vand

EMILIO VANDERVELDE

Algunas Semanas en la Argentina

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, Sarmiento 779
1929

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al Señor Tomás Amadeo,

Presidente del Museo Social Argentino
en recuerdo amistoso de las conferencias
que pronuncié en Buenos Aires.

(Setiembre de 1928)

397127

PREFACIO

No hace mucho tiempo, una firma industrial belga, en el deseo de extender sus negocios hacia la América del Sud envió ofertas de sus productos a la siguiente dirección: M. X..., *Buenos Aires, Brasil.*

Ocioso es decir que las cosas allá quedaron.

Claro está que no todos nuestros compatriotas carecen completamente de conocimientos geográficos. Saben, más o menos, dónde están situados el Brasil, la Argentina y el Uruguay. Estos conocimientos se los deben a los libros de Huret o a las notas de viaje de Clemenceau. Mas no advierten que, aparte de los Estados Unidos del Norte, existen dos grupos más de Estados Unidos — los del Brasil, por una parte, y los de la Argentina por la otra — que se desarrollan según un ritmo cuya aceleración va creciendo al otro extremo del Atlántico.

Pero, aún los más sagaces necesitan siempre varios años para conocer por lecturas la realidad de la hora actual.

Por otra parte, en esos países nuevos, las transformaciones son tan rápidas que los años valen por décadas en Europa.

¿Quién hubiera resistido a la tentación del ofrecimiento que el Museo Social Argentino me hizo, de dar algunas conferencias y estudiar sobre el terreno los cambios que se han producido en la América del Sud desde los tiempos en que Jaurés, con un entusiasmo de *conquistador*, se embarcó para un viaje análogo?

No vaya a esperarse, sobre todo, que — según una costumbre hoy demasiado frecuente — haga un gran volumen sobre lo que he visto en un viaje de pocas semanas de duración, en países una o dos veces más extensos que Europa.

Pero durante el viaje escribí algunos artículos, para *La Prensa*, y para la *Depêche de Toulouse*.

El *Eylantum* ha juzgado que sería interesante revisarlos y reunirlos en un folleto.

Si acepto esta indicación, no lo hago por dar a esos apuntes hechos a vuela pluma, una importancia particular. Pero, ¿a quién no gusta, después de un viaje, conservar la huella de sus impresiones? Y luego, en suma, nuestros compañeros de aquí y de allende pueden acaso tener interés en saber cómo he visto yo la Argentina. Con tal intención, sobre todo, han sido reunidas estas páginas.

Emilio Vandervelde.

I

Cómo desembarcamos en Buenos Aires. 10 de Septiembre de 1928

Por mucho tiempo recordaré nuestra llegada a Buenos Aires. Tengo que hacer memoria de ciertos episodios de los primeros días que siguieron a la revolución rusa, cuando Petrogrado aun no era Leningrado, para encontrar aquel ardoroso entusiasmo, esas luchas de diversos grupos alrededor del recién llegado a quien se disputaba como los griegos y troyanos el cuerpo de Patroclo, y también los movimientos temibles de las masas populares que nos llevan como a una brizna en la dirección de sus deseos.

Pero no nos anticipemos.

Cuando hicimos escala en Montevideo, la linda capi-

tal del Uruguay, subieron al vapor el señor Tomás Amadeo, presidente del Museo Social Argentino, nuestro compañero Repetto, dirigente del "viejo" partido socialista, el Cónsul General de Bélgica, el encargado de negocios de Bélgica M. de Tollenaere y toda una banda de periodistas y fotógrafos.

De Buenos Aires a Montevideo, la distancia es de doscientos kilómetros o sean nueve horas de navegación. Pero en ese país de "magníficas distancias" eso es nada.

Así pues, en compañía de amigos remontamos el Río de la Plata, de aguas color café con leche. Las dos orillas quedan invisibles para el pasajero, pues su ancho es de cuarenta y cinco a cien kilómetros.

En ese mar de agua dulce que casi no tiene profundidades, se ha excavado un canal, por el cual todos los buques deben seguir, entre boyas rojas y negras, para evitarse peligros.

Hasta la puesta del sol se nota en ese pasaje un desfile continuo de buques de carga que, en su mayoría, son de bandera inglesa, francesa, alemana o italiana; norteamericanos hay pocos. En lo que a nuestro pabellón se refiere, no veo sino el que en nuestro honor ha enarbolado el amable comandante del "Lutetia". Podríamos haber encontrado, sin embargo, alguna nave del Lloyd Belga o del armador Deps.

Antes de las seis — pues por este lado del globo terrestre rige el invierno — el crepúsculo nos sorprende. Pronto se hace noche. En el cielo aparecen las estrellas de la Cruz del Sur. Cuatro horas más de esta navegación lenta, y delante de nosotros se ilumina el horizonte: son las luces de La Plata que es, como se sabe, la capital de la Pro-

vincia de Buenos Aires; luego, a poca distancia, las luces de Quilmes; y, finalmente, la caricia luminosa del collar de perlas eléctricas de Buenos Aires.

Aunque estamos cerca de media noche y las consignas de admisión son severas, el muelle está negro de gente.

Mientras el "Lutetia" — nuestro gran buque de 18.000 toneladas — amarra lentamente, arrastrado por los remolcadores minúsculos, los pasajeros cambian señales con sus parientes y amigos que les están aguardando.

Me muestran una bandera roja entre la multitud. Los que están en torno entonan la "Internacional". Es, me explica Repetto, un grupo de compañeros del Partido Socialista argentino. Otro grupo, el de los Socialistas Independientes, está en el otro extremo del muelle. También ellos cantan la "internacional", que alternan con la "Marsellesa", canción de los revolucionarios, en todas partes menos en Francia.

Y, ahora, tendida la planchada, los privilegiados que tienen permiso, pueden subir a bordo.

Nos rodean. Nos estrechan la mano. Cada uno quiere ser el primero en saludarnos. El señor Tollenaere, el Dr. Amadeo, Repetto y otros más nos presentan en medio de un desorden falto de todo protocolo, a un delegado del Gobierno, al Introductor de Embajadores, al Comité de recepción del Museo Social Argentino, al Secretario del "viejo partido", al de los "Independientes", a algunos miembros de la colonia belga, a los socialistas italianos quienes me ofrecen un folleto sobre Matteotti, a un pequeño grupo de sionistas que obsequian a mi esposa con un ramo de rosas admirables. Los fotógrafos se alistan como un pelotón de ejecución. Trípodes, relámpagos de

magnesio, y ya estamos retratados una vez más. Apretones de manos con el comandante Schoof, otros oficiales del "Lutetia" y algunos compañeros de viaje. Y podemos desembarcar.

Mas, apenas pisamos el muelle, nos toman entre los dos grupos socialistas que habían reñido un poco durante los momentos de espera y que en su amistad desbordante se esfuerzan a cual más, por acapararnos.

Esto, empero, no es nada comparado con lo que nos está esperando afuera.

Allí está el gentío, mal contenido por la Guardia de Seguridad y la policía.

En un momento me arrastran. Ahora soy yo la bandera roja. Unos camaradas quieren llevarme hasta la Casa del Pueblo. Otros, que reparan en que ya es medianoche y yo tendría deseos de descansar, me piden vaya con el grupo belga, en otra dirección.

—¡Por lo menos algunas palabras!

—¿Pero desde dónde quieren ustedes que hable?

—¡Aquí, desde el estribo de este automóvil!

—¡Pero, si hay una señora dentro!

La dama, una argentina muy elegante, un poco sorprendida, sin duda, de encontrarse en esta confusión, insiste sin embargo en que suba y hable.

Inútil agregar que mi alocución no fué muy larga. Pero nuestros amigos argentinos estaban satisfechos, y en seguida un automóvil nos condujo al Plaza Hotel. Así fué nuestra jubilosa entrada en Buenos Aires. Raras veces he visto tanta animación.

II

Nuestros primeros días en Buenos Aires

En Buenos Aires volví a leer los dos libros de Huret sobre la Argentina. Por cierto, no agradan a todos los argentinos, quienes, como los españoles, se dejan llevar por el patriotismo hasta la susceptibilidad más asombrosa. Opino, sin embargo, que no tienen razón. Huret pasó pocas semanas en la Argentina. Vió muchas cosas. Ha podido equivocarse fácilmente en detalles. Pero leyéndole después de diez o quince años, la agudeza de su visión y la sinceridad evidente de su testimonio no pueden sino sorprender.

Seguramente, en la hora actual, después de haber pasado al terminar la guerra, una fase de depresión económica bastante dura, Buenos Aires parece encaminarse por

sendas nuevas. Por todas partes, del suelo surgen rascacielos. La aglomeración, en sus estrechas calles del centro, origina un "congestión del tráfico" peor que las de París o Londres. Para remediar eso se abren manzanas enteras, trazándose en su lugar grandes avenidas; mas, en suma, las cosas no han cambiado mucho, en sus grandes líneas.

Hemos visto, como Huret, el gran parque de Palermo, donde, en las tardes hermosas, centenares de automóviles, en tres filas, dan vuelta incansablemente para brindar a los jóvenes de uno y otro sexo, la ocasión de verse. Es encantador el barrio de Belgrano, con sus arboledas, tras las cuales se levantan chalets elegantes y suntuosos, habitados sobre todo por extranjeros. Hacia el puerto, por el lado de la Boca, inmigrantes nuevos que lograron adquirir un lote de terreno, continúan construyendo allí abrigos asombrosos que se parecen más a chozas de salvajes que a casas de civilizados.

¡Qué espectáculo en semejantes zaquizamís! — ¡cómo no pensar en los interiores "parisienses" que hemos visto, días antes, en casas de viejas familias argentinas; en el esplendor del Jockey Club, el club más hermoso, quizá, que existe en el mundo; en los yates magníficos que pueden verse los domingos en el Tigre, en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, entre las deliciosas islas donde la florescencia rosa de los duraznos parece tan fresca, en medio de palmeras y de naranjos cubiertos de frutas!

Mas, no es el caso de aprovechar semejantes contrastes como pretexto para asentar antítesis fáciles.

Los inmigrantes en Buenos Aires están mal alojados, sin duda. Pero su alojamiento sólo es provisorio, y viendo cómo visten y cómo se alimentan, uno advierte que la mi-

seria es menos grande allí que en los barrios pobres de nuestras grandes ciudades europeas.

Para los viajeros franceses y belgas, con sus pobres francos de 14 centavos o de cuatro "sous", la vida en la Argentina parece fantásticamente cara. Y lo es al fin y al cabo. (1) El triple que en Francia, para los burgueses, y el doble, tal vez, para los obreros.

Pero, los salarios están más que en proporción. El señor Rongé, belga, director de la Cía. Anglo Argentina de tranvías en Buenos Aires, nos dice que por falta de autorización para aumentar las tarifas, la empresa no distribuye dividendo y no puede pagar a sus obreros sino un salario insuficiente: ganan 5 pesos diarios o sean 75 francos belgas. Un mecánico medianamente clasificado gana sus 7 u 8 pesos. Un chofer común, gana de 200 a 300 pesos por mes. Y, si la oferta de trabajo sobrepasa a la demanda, hay una válvula de seguridad en las "tierras libres" del interior del país.

No hay que engañarse, por lo demás: hoy como ayer, la industria de la Argentina aun no desempeña más que un papel secundario. La mayor parte, continúa en manos de extranjeros. Los grandes molinos, los frigoríficos, las fábricas de conservas y también la mayoría de los ferrocarriles o las usinas de electricidad pertenecen a compañías, en que predominan los ingleses, norteamericanos, ale-

---

(1) Al retirar el sombrero del guardarropa, en lugar de un franco como en Bélgica, allí se da un peso (15 francos belgas). El precio de entrada a mis dos primeras conferencias fué de 5 pesos (75 francos) por persona. Pero, por otra parte, los diputados reciben una dieta de 1500 pesos (22.500 francos) *por mes.*

manes, belgas y en menor escala los italianos y los franceses.

La Argentina verdadera es, tal como la vió Huret, la Argentina de los estancieros, desde hace muchísimo tiempo dueños absolutos de la República, y que conservan, aún hoy, el prestigio de una aristocracia agraria poseedora de campos inmensos — 20.000, 40.0000, 50.000 hectáreas — adquiridos por un pedazo de pan, y cuya valorización a veces enorme, se debe menos al trabajo de sus detentadores que al desenvolvimiento de la riqueza general por el trabajo de la colectividad.

Sin embargo, sería profundamente injusto generalizar. Hemos visitado la estancia de la familia de Casares, que Huret ha descrito en uno de sus libros: siete mil quinientas hectáreas, veinte mil vacas, una gran cabaña lechera, superiormente instalada que fabrica por día diez toneladas de manteca para la exportación, y suministra, además del célebre dulce de leche, las dos terceras partes de la leche que consume Buenos Aires.

Para semejante empresa, de producción y distribución a la vez, fué menester reunir capitales enormes, reemplazar las vacas flacas de la Pampa por los magníficos animales seleccionados en el mundo, emplear varios kilómetros de alambres arpados para cercar ese ganado selecto, hacer, en fin, contratos de provisión con los campesinos del lugar para reunir los trescientos mil litros de leche que se necesitan diariamente.

Cuando Huret pasó por allí, el señor Casares, padre, acababa de morir.

Hoy, son sus cuatro hijos quienes participan en el trabajo de la dirección de "La Martona".

Me alegró encontrar dos de ellos que aparte de la simpatía que inspiran al primer contacto, representan un tipo social del cual no creo poder encontrar equivalente en Europa.

Ni el gran señor inglés, ni el junker, ni el magnate húngaro se parecen a estos jóvenes estancieros, activos, industriosos, demócratas, que tutean a sus peones, quienes por su parte los llaman simplemente por su nombre; en breves palabras, parecidos a gentileshombres virginienses sin esclavos, pero gentileshombres virginienses que hubieren hecho sus estudios en París e importaran de Europa los refinamientos de su civilización.

Junto a la casa paterna, de tipo colonial, la nueva residencia de uno de los hijos evoca un interior de Pieter de Hooch; la otra, construída en gran parte por su propio dueño, que dibujó los planos, está adornada curiosamente con un órgano, tapicerías, maderas doradas y tesoros de una vieja iglesia española.

Industrial durante la jornada, arquitecto y albañil a ratos, el dueño del lugar dedica el resto del tiempo enteramente a la música.

Tipos excepcionales, como la misma "La Martona" que es una estancia excepcional.

De una manera general, los factores habituales de parcelamiento de las grandes propiedades actúan con una fuerza creciente: familias numerosas, sin mayorazgos ni derechos de primogenitura; difícil obtención de los capitales necesarios para pasar de la cultura extensiva a la

cultura intensiva; gastos excesivos de ciertos estancieros que permanecen más tiempo en París que en sus tierras; tentación de realizar por la venta el *unearned increment*, resultado de la mayor valorización de la propiedad, especialmente en los alrededores de las grandes ciudades.

Sintetizando, la clase de los propietarios de latifundios declina; política y económicamente, la nueva burguesía gana influencia; acaba de probarlo con la elección del presidente Hipólito Irigoyen, jefe de los radicales.

En cuanto al proletariado, que en gran parte también es "irigoyenista", sus elementos más avanzados, en la capital a lo menos, representan una fuerza política real que sería aun más grande si divisiones, que puede esperarse sean temporarias, no la debilitaran.

Pero esta es otra cuestión de la que trataremos más adelante.

III

De viaje por el interior

Rosario — Córdoba — Tucumán — Mendoza

Tras dos semanas de permanencia en Buenos Aires, donde pronuncié más o menos una conferencia por día, salimos de viaje para el interior: Rosario, Córdoba, Tucumán, Mendoza.

En un país de tres millones de kilómetros cuadrados (toda la Europa sin Rusia), este viaje es de la misma distancia que uno de París a Berlín-Riga-Viena y vuelta.

Que el lector no espere de estos apuntes, escritos de prisa, un diario de viaje. Cuanto más, daré algunas impresiones.

Rosario

Sobre el río Paraná, Rosario contaba con 125.000 habitantes, antes de la guerra. Hoy tiene 420.000. Cuenta con el puerto más grande del mundo (gana a Chicago) para la exportación de trigo y maíz. Dista del Océano 500 kilómetros, pero los buques de alta mar pueden llegar allí fácilmente. Dedicada únicamente al comercio, la ciudad, sin historia, sin recuerdos, sin otros monumentos que los rascacielos que comienzan a surgir entre las casas bajas españolas, la ciudad, digo, es lo menos pintoresca posible. Salvo la visita a un elevador, un paseo por el río Paraná, en una extensión de treinta kilómetros, llena de islas, y quizá una estación en el jardín delicioso de la Compañía Francesa que es concesionaria de ese puerto, el forastero, a decir verdad, no sale satisfecho de allí.

Pero he visto en Rosario algo que no creo encontraría en otra parte, a lo menos en la misma escala: una Casa del Pueblo, una gran Casa del Pueblo, de campesinos.

El inmueble, suntuoso, con sus oficinas cómodamente amuebladas en estilo inglés, su hotel, su restaurante, muy frecuentado, su salón de conferencias, su museo de muestras, pertenece a la Federación Agraria Argentina que agrupa 25.000 familias y tiene miembros en todo el país, salvo en las regiones de propiedades muy grandes.

Del punto de vista de instituciones económicas — seguro mutuo, cooperativas de compra y venta, etc., — la Federación no se distingue casi de los *Bauernvereine* ale-

manes o de los *Boerenbonden* (Liga de campesinos) de Bélgica.

Pero desde el punto de vista social hay mucha diferencia. En Bélgica y en Alemania, los agricultores no se agruparon libremente al principio; fueron asociados con un fin oculto de conservación política o religiosa, ya por el clero, ya por los grandes propietarios.

En la Argentina, al contrario, la Federación Agraria se ha constituído espontáneamente, con un espíritu netamente hostil hacia los grandes propietarios absentistas.

Para participar en ella es necesario ser cultivador propiamente dicho, en propiedad o en locación. Los *estancieros*, propietarios que no trabajan sobre sus millares de hectáreas, están excluídos formalmente. Las paredes de la Casa del Pueblo campesino están cubiertas de frescos bastante bien hechos por un artista local y simbolizan las diversas categorías de agricultores (los *peones*, los proletarios agrícolas) o representan a los campesinos armados de guadañas, tronchando las cabezas de la hidra del latifundio. Una de las formas principales de la actividad de la Federación consiste, por otra parte, en la adquisición, en bloque, de grandes propiedades, para venderlas en lotes a aquellos de sus miembros que aún no se han establecido. En resumen, la tendencia social es muy clara: se trata de sustituir al gran propietario parásito por el pequeño agricultor que trabaja solo con sus familiares.

Podría creerse, en estas condiciones, que la Federación Agraria es uno de los pilares del Partido Radical que acaba de llevar al poder a Irigoyen y que encarna, aunque bastante confusamente, las aspiraciones populares hostiles a la clase de los grandes terratenientes.

No es así.

Piacenza, el presidente de la Federación, un ex pequeño agricultor, de origen italiano, que por las propias fuerzas de su inteligencia y de su voluntad, ha llegado a ser el gran dirigente de esta poderosa asociación, me dijo:

"Por el momento no nos ocupamos de política. El 70 % de nuestros socios son, por otra parte, inmigrantes de fecha reciente y aun no tienen derechos electorales. Al principio, muchos de nosotros nos inclinamos al socialismo, pero sus divisiones actuales hacen que nos apartemos..."

En verdad, esta Federación campesina que deja fuera a los proletarios agrícolas y rechaza a los grandes propietarios, puede tener de común con los socialistas que denuncia con vigor la injusticia y los abusos de la propiedad improductiva, pero por lo demás hay más bien una contradicción entre el individualismo de los unos y el colectivismo de los otros.

Sin embargo, conviene apuntar que la Federación agraria brindó al socialista, al internacionalista que soy, una acogida particularmente calurosa; insistió muy vivamente para que una de mis conferencias fuese dada en sus locales, y en un banquete que nos ofreció se pronunciaron brindis entusiastas por la unión de campesinos y obreros.

Córdoba

La nueva Córdoba. La única ciudad de la Argentina, quizá, que en su aspecto exterior y en sus costumbres, ha

conservado algo de la época colonial. En aquel entonces era etapa en la ruta fantástica y obligada de las mercaderías españolas, de Sevilla a Buenos Aires, por el Istmo de Panamá, el Perú, la Cordillera y los mil quinientos kilómetros de llanura entre Tucumán y el Atlántico.

Aquí, como en otras partes, la población se ha duplicado en los últimos diez años. Doscientos mil habitantes más o menos. Los recién llegados se alojan o acampan, mejor dicho, en los suburbios donde pueden observarse a cada paso los tres estadios clásicos de la evolución de la pequeña propiedad urbana de la Argentina: el hombre adquiere un pequeño lote de terreno y construye un abrigo con elementos varios; si prospera, reemplaza este abrigo por un albergue de chapas; si las cosas siguen mejorando edifica o manda edificar una pieza de material, baja, que llama orgullosamente su casa. Todo esto a la "vaya como vaya" en un desorden completo, que llevaría a nuestros ediles de Europa a la desesperación.

Pero, más allá, en la campaña, al pie de las sierras de Córdoba hay "villas" deliciosas, mientras en el centro de la propia ciudad perduran las iglesias de la época española, barrios tranquilos a la sombra de los conventos y sobre la linda plaza San Martín — en todas las ciudades argentinas hay una plaza San Martín, — el antiguo *Cabildo,* la Intendencia Municipal, con sus arcadas de antaño.

También se conserva, nos dicen, el *espíritu sacerdotal,* el viejo fanatismo español, cuidadosamente mantenido por 20.000 religiosos, sacerdotes, seminaristas, sin contar las monjas, pero nos sorprendería que esta cifra que un liberal del lugar nos afirmó como exacta, no fuera exagerada.

En todo caso, nuestra llegada a Córdoba ocasionó cierta alarma en los medios intelectuales. El viejo rector de la Universidad nos había invitado a hablar allí. El nuevo quiso revocar esta invitación, invocando la huelga actual de los estudiantes. A raíz de esto hubo protestas enérgicas de una parte del cuerpo de profesores, polémica escrita, publicación en los diarios de la correspondencia que probaba que el rector de hoy estaba obligado a sostener el compromiso del rector de ayer. En fin, la conferencia fué pronunciada en el *aula* universitaria, una de cuyas puertas, hoy cerrada por una pared, da a la catedral, y nosotros fuimos recibidos por el mismo rector con esa cortesía castellana a la que las divergencias más graves no restan esplendor.

Es un hecho bastante notable, por lo demás, que todas las Universidades Nacionales de la República llamaron a un conferencista socialista asegurándole la más completa libertad de palabra, eligiendo todavía, entre los temas propuestos, aquellos que más de cerca tocan las cuestiones políticas y sociales de la actualidad.

Agreguemos, en lo que a Córdoba se refiere, que si la influencia de la iglesia sigue allí siendo fuerte — lo que es más bien excepcional en un país donde el catolicismo es la religión oficial del Estado — no es por eso menos combatida enérgicamente por una parte numerosa de la opinión.

Las cuestiones religiosas, por otra parte, sólo tienen un papel accesorio en las luchas políticas, muy vivas, que

disputan parroquias más que partidos netamente calificados.

Hay socialistas, seguramente, pero no tienen fuerza real sino en Buenos Aires.

En las provincias, y en la de Córdoba especialmente, casi no hay más que *personalistas* o antipersonalistas, partidarios o adversarios del presidente Irigoyen.

Bajo estas denominaciones, sin duda, se puede discernir tendencias sociales opuestas, más o menos confusas. Personalistas y antipersonalistas reclaman la etiqueta radical, pero no cabe duda de que, en suma, el partido irigoyenista encarna aspiraciones populares, y representa la acción de las clases medias y de un gran número de trabajadores contra el conservadorismo de los *estancieros*, de la aristocracia latifundista, antes todopoderosa y hoy amenazada por las divisiones sucesorias, por el desenvolvimiento del capitalismo más activo, por todas las tendencias que conducen a la partición de la propiedad.

En las elecciones generales del 1º de Abril de 1928, los irigoyenistas lograron en casi todas las provincias una mayoría considerable.

En estos días se instalan en el poder y aplican con el máximo vigor la fórmula americana: ¡a los vencedores el botín!

El excelente director de parques públicos, de origen belga, que ocupaba allí el cargo desde varios años atrás, fué despedido después de las elecciones, simplemente porque había sido nombrado por la administración saliente.

Estos cambios de personal, no siempre se producen sin incidentes.

Verbigracia, en el Jardín Zoológico, el búfalo acostumbrado a los cuidados de un guardián "demócrata" hi-

rió gravemente, en una embestida, a su nuevo guardián "irigoyenista", poco preparado, por su actividad política anterior, a ejercer tan delicada función.

A este propósito pregunté a un universitario a quien sus tendencias socialistas no impiden, en absoluto, simpatizar con el partido de Irigoyen, qué pensaba de esas renovaciones bruscas del personal de la administración pública.

Recibí una respuesta interesante: "Evidentemente, — me dijo — son costumbres de salvajes. Pero, en un país como el nuestro, donde el espíritu de la vieja España está lejos de haber desaparecido, el peor de los peligros sería una burocracia fuerte. Los cambios a la americana, después de la elección, impiden que pueda constituirse y consolidarse. La renovación, hace que, generalmente, los mejores se retiren de las administraciones públicas y prefieran consagrarse a las iniciativas libres. Considerándolo bien, quizá sea mejor así".

Sin duda, se estimará muy optimista esta filosofía política.

El hecho es, sin embargo, que los errores, los vicios, demasiado ciertos, de las administraciones públicas no impiden, en absoluto, la prosperidad de la Argentina.

Tucumán

Otra etapa de la antigua ruta del Perú, a 1.265 kilómetros de Buenos Aires. A la provincia de Tucumán, a

causa de la densidad de su población — 150 habitantes por kilómetro cuadrado — se la llama la Bélgica de la Argentina. Monocultura. Vastos campos de caña de azúcar. Refinerías cuyas altas chimeneas largan humaredas negras a través de la campiña verde. Población extremadamente mestiza, en la que el tipo del indio casi puro, no es raro. En la ciudad, todo un barrio de sirios y de armenios llegados después de la guerra. Belgas y franceses en número reducido, frecuentan el mismo club, y forman de hecho, una sola colonia en la que la amistad no reconoce límites entre Bélgica y Francia.

Lo mismo que en Córdoba, muchos de nuestros compatriotas, inmigrados hace treinta o cuarenta años suelen hablar el español y han olvidado un poco el francés. La mayoría de ellos no han vuelto ni volverán jamás a Europa. No hacen sino brindar una bienvenida calurosa a los franceses o belgas que van a visitarlos. El recuerdo de Clemenceau, por ejemplo, que pasó por Tucumán antes de la guerra, está grabado en el corazón de todos. Se nos muestra con verdadera devoción un retrato de él y su autógrafo.

En Tucumán, hacemos nuestra primera visita a la casa donde, en 1816, se reunió la Asamblea Nacional Argentina. Reliquia venerable, a la que los argentinos hacen el mismo honor que nosotros a la sala del Jeu de Paume. Hecha de material frágil, la cuna de la República Argentina sería tiempo ha una ruina, si no se hubiera construído, en torno de ella, un palacio completamente nuevo en el cual las inscripciones y los bajo-relieves celebran el acontecimiento memorable.

Lo mismo que San Juan, Mendoza, y las otras provin-

cias próximas a la Cordillera, la de Tucumán tiene en su escudo el "gorro frigio". Basta, por otra parte, encontrarse en la Universidad — que, en realidad es un Instituto Politécnico, o como se diría en Bélgica, una Universidad del Trabajo — para advertir que la tradición revolucionaria tiene vida en los medios intelectuales. Encontré en la Argentina pocas personalidades tan atrayentes como el rector, señor Terán.

El resto de la población, en cambio, parece bastante miserable. Después de haber ganado antes mucho dinero los "oligarcas del azúcar" atraviesan hoy por una situación difícil. Su industria no se sostiene sino gracias a tarifas exorbitantes (120 % de derechos de aduana), a la casualidad, y a métodos de *dumping* que hacen que la Argentina pague su azúcar tres veces más cara que la que venden en el extranjero. Los salarios son extremadamente bajos. Las relaciones entre patrones y obreros conservan el tipo feudal. El director de un Banco de Buenos Aires, que está en condiciones de conocer la situación, nos dijo recientemente que su pronóstico era por completo pesimista.

Podría creerse lo contrario, sin embargo, al ver esas magníficas campañas — los "jardines de la República" — donde, como se dice, basta meter una estaca en la tierra para que se transforme en un árbol soberbio. Las viviendas obreras son pobres, tan pobres o más aún que en los suburbios de Buenos Aires y Córdoba; pero a igual que las casas de los ricos, se las rodea con un cerco de flores de singular variedad.

Cuando el *pampero* no levanta nubes de polvo, es una verdadera delicia recorrer esos jardines donde los naran-

jos en flor o cargados de frutas emergen de verdaderos bosquecillos de rosas.

Viendo estas flores que embellecen las moradas más miserables, podría decirse lo que la anciana de que habla Guyan, dijera del mar: "Es hermoso, y lo que tiene de más hermoso, es que alcanza para todo el mundo!"

Mendoza

El viñedo de la Argentina. Una provincia casi tan grande como Francia, la mitad de cuyo territorio está ocupado por las más altas montañas de la Cordillera. El resto está incultivado, o cubierto por la vid en las partes irrigadas. Otros cultivos casi no existen. El vino es para Mendoza lo que el azúcar para Tucumán. Ambas industrias, por lo demás, no viven sino gracias a derechos proteccionistas, que les reservan el mercado del interior. Pero, mientras los ingenios azucareros están atravesando una crisis que parece insalvable, las *bodegas* de Mendoza, hacen generalmente buenos negocios.

No ha mucho aún, los vinos argentinos, mal preparados, tenían la reputación justificada de no valer gran cosa. Hoy, esto ha cambiado. Las grandes *bodegas* de la ciudad tienen maquinarias más perfeccionadas que las mejores similares en Francia. Pero, a pesar de eso, los vinos de Chile son y se conservan mejores y, sobre todo, en la tierra y el sol de Francia hay algo que hace que Mendoza

jamás pueda alcanzar a ser lo que Bourdeaux, Dijon o siquiera Gaillac.

*
* *

"Lindo país, buena gente, pero mala política", me dice, en inglés, uno de los jefes, de origen británico, del establecimiento que visitábamos y donde se nos sirvió un "champagne" desconsolador, un vino rojo, *vino tinto*, estimable, y un jugo delicioso, de uva fresca.

Durante todo nuestro itinerario recogimos frases semejantes. Pero, en Mendoza, se las dice con más frecuencia y vivacidad que en otras partes.

En esta región, donde los latifundios son raros, y la viticultura ha creado una clase media numerosa y activa, el viejo partido conservador se ha extinguido; el socialismo nace apenas; las dos fracciones del llamado partido radical — una en pro y la otra en contra del presidente Irigoyen — se entregan a encarnizadas luchas.

Las elecciones para el Congreso Nacional se realizaron hace unos seis meses, pero las paredes aun ostentan leyendas, pintadas con alquitrán:

"¡Abajo Irigoyen!"

"¡A la cueva el Peludo!"

"¡Votad por el gaucho Lencinas!"

"¡Viva Lencinas, el paladín de la democracia!"

Lencinas es el gran caudillo, el cacique de la región, el jefe local indiscutido de los *antipersonalistas,* adversarios del nuevo presidente.

El Partido de Lencinas dominaba en la provincia desde ocho años atrás. Uno de sus amigos es el gobernador actualmente.

Viendo el nombre y nada más que el nombre del "gaucho" en las paredes — sus partidarios y la policía, dueños de las calles, impiden la inscripción de otros — podría creerse que las elecciones de marzo fueron una victoria, descontada de antemano, para los lencinistas. Todo lo contrario. Estaban "gastados". Los derrotaron los irigoyenistas, en tanto los conservadores lograron las bancas que la ley electoral argentina reserva a la minoría.

Dueños del poder central, los irigoyenistas apelaron al procedimiento habitual en tales casos, — la intervención federal — para terminar con ese gobierno desaprobado por los electores.

No vaya a creerse que el Congreso, que acaba de sancionar esta intervención para Mendoza y la provincia vecina de San Juan, se propone enviar allí tropas, procediendo *manu militari*: se conforma con la designación de un comisario especial, un gobernador *ad hoc* que toma el gobierno a su cargo, se asigna la misión de "poner en orden la casa" y de llamar luego a elecciones.

Pero durante el período interino, y, sin duda, con vistas a los nuevos comicios, no hay maledicencias, acusaciones deshonrosas, requisitorias infamantes que se ahorren a las gentes que ocupaban los puestos la víspera de ser desplazados.

¿Qué parte de verdad puede haber en todo esto?

¿Habrá que admitir que, en ciertas provincias, a lo menos, la administración sea corrupta o corruptible, que los caudillos no vacilen en la adopción de medida alguna para favorecer a sus amigos y castigar a los adversarios; que los gobernantes durante su omnipotencia temporaria, amos de la justicia y de la policía como de otras funciones, con demasiada frecuencia sólo cuidan su interés propio y el de su clientela electoral?

Esta es, en suma, la historia de todos los países nuevos. Hace unos veinticinco años, oí contar exactamente las mismas cosas en el Colorado y en otros Estados excéntricos de la América del Norte. Por otra parte, sería absurdo, completamente, aplicar a tales hechos los criterios de moralidad usuales en Europa, donde la injusticia y los abusos administrativos son ordinariamente más respetuosos de la forma.

Pero, además, conviene observar que las peores acusaciones proceden de adversarios que tampoco serán unos santitos el día que lleguen al poder; que los *caudillos* de hoy no son sino los sucesores muy atenuados de los de cincuenta años atrás; que dado el nivel mediano de cultura política, su error, a juicio de gentes sensatas, pilares de la sociedad, conservadores que lamentan el poder perdido, es el de gobernar con los partidos populares, y asociar las masas humildes, a las ventajas de la política, de hecho favorecidas por el sufragio universal.

En Mendoza encontramos algunos de esos gobernantes, de los cuales los "hombres de orden" del lugar me habían hablado mal.

He reconocido en ellos, ante todo, esa exquisita cortesía, esa amabilidad obsequiosa, esa preocupación por

recibir dignamente al extranjero que toda la Argentina ha heredado de España, pero también — en ese joven ministro provincial, por ejemplo, cuyos adversarios nada pueden decir de malo — una preocupación por el bien público, una gran curiosidad por los problemas sociales, un sentido de la democracia que en seguida anulaban cualquier prevención.

Por otra parte, no hay mejor manera de juzgar el árbol que por sus frutos.

Las finanzas mendocinas pueden estar, por el momento, bastante desordenadas, los lencinistas pueden haberse apoderado de ellas a su gusto, los barrenderos, impagos desde hace un mes pueden cruzarse de brazos y dejar sucias las calles, pero, sin embargo, Mendoza, con sus calles arboladas, es una de las más lindas, la más linda, quizá, de las ciudades argentinas; allí, la miseria es rara, la prosperidad general salta a la vista y, por fin, a esta administración tan difamada, se deben los últimos y magníficos trabajos de irrigación y electrificación ejecutados por la *Chade*, que extienden a toda la región la riqueza y la vida.

Uno de los hombres que están en mejores condiciones de saber cómo funcionan las administraciones públicas en el país, me dijo:

"No crea que abusos muy ciertos, excluyen una verdadera preocupación por el interés general. En estos hechos políticos provinciales, los principios no entran en cuenta casi para nada. Las personas hacen todo. Los vencedores abusan, invariablemente, de su victoria. Pero aman su región. Tienen el orgullo de verla próspera. Dejan al margen de sus conflictos a los extranjeros y los tratan ge-

neralmente bien. Más: los abusos del poder se atenúan a medida que uno se aproxima al centro y se eleva en la jerarquía política. En lo que se refiere, por ejemplo, a los funcionarios principales de la República, a las autoridades judiciales federales especialmente, la Argentina puede equipararse a Europa."

En síntesis, sería un error, ver las cosas con demasiado pesimismo.

Las luchas electorales en la Argentina pueden ser aún confusas, porque la conciencia de las clases, salvo en Buenos Aires, casi no existe. Pero son luchas electorales. El sufragio universal no es pura palabra. Hay, a pesar de todo, vida política. Hay una democracia que busca su camino, que se pierde a veces en sendas transversales, pero que, comparada con la de países como Chile y Perú, donde dictaduras militares se sostienen sobre la indiferencia y la pasividad de las masas, tiene el mérito indiscutible de *existir*.

Para ir hasta la frontera de Chile, nos facilitaron una zorra, que nos llevó en cinco horas a una altura de 3.000 metros, donde hay una estación de Ferrocarril, *Puente del Inca* y una estación termal muy visitada durante el verano.

Puente del Inca es un puente natural debajo del cual el río de Mendoza, descendiendo de la gran cadena se ha excavado un pasaje. Después de un almuerzo exquisito, en el cual la enorme langosta chilena se encuentra con el cordero de la pampa argentina, nuestra zorra nos lleva en diez minutos al estrecho, donde por una abertura de las montañas, se descubre muy cerca el Aconcagua, que es, después del Gaurisancar, la más alta cumbre del mundo. Con el cielo sin nubes, en esta atmósfera idealmente trans-

parente, el espectáculo es inolvidable. Nos separamos con gran pena para descender en el tren internacional que viene de Valparaiso.

Deus nobis hac otia fecit. No podría encontrar palabras para decir lo que fueron para nosotros, en Mendoza como en otras partes, la amabilidad y la hospitalidad argentinas.

IV

Alrededores de Buenos Aires

No puede abandonarse Buenos Aires sin haber visto Tigre y Avellaneda. Antítesis a lo Verhaeren; el Tigre, suburbio de suntuosas villas; Avellaneda, barrio obrero; el Tigre *rendez-vous* de los ricos; Avellaneda punto de concentración de los pobres; aquí miseria extrema; allá riqueza extrema. Esto en apariencia, a lo menos. Ahora veremos lo que hay que pensar realmente al respecto.

Avellaneda

¿Quiere ver, se nos dijo, los barrios de miseria? Váyase hacia el lado de la Boca; váyase especialmente a Avellaneda.

Administrativamente, Avellaneda no pertenece a Buenos Aires. Al margen de la gran capital con sus dos millones de habitantes, otra ciudad ha surgido que ayer no existía aún, y que agrupa, actualmente, alrededor de algunos frigoríficos, más o menos doscientos mil habitantes!

Fuimos allí un día de lluvia.

Un día de lluvia, en Buenos Aires nadie sale, a no ser que esté obligado a hacerlo. Las calles, faltas de desagües, se transforman en torrentes. Los salones de conciertos y de conferencias quedan vacíos. Las invitaciones a almuerzos son anuladas *ipso facto*, sin necesidad de enviar excusas. Un chubasco bastaría para interrumpir una revolución. Esto, en Buenos Aires.

¡Pero qué decir de un día de lluvia en Avellaneda!

Jamás he visto algo tan siniestro.

No hay desagües. Los detritos se amontonan. Las calles, sin pavimento, parecen hondonadas. Las partes bajas, y no hay otra cosa que partes bajas, están invadidas por el agua. Bajo el cielo pesado como una cobertera, el conjunto impresiona como un vasto pantano, del que surgen eso que los habitantes de Avellaneda llaman sus casas.

Extrañas viviendas de una común fealdad afligente: ni un jardín, ni una flor, nada que ponga una nota bella, un rayo de esperanza, en este noveno círculo del infierno de la industria. Mas, examinando bien se descubre entre estos chiribitiles, tres tipos que corresponden a otros tantos grados de una evolución indefinidamente repetida.

El inmigrante, cuando ha ahorrado unos pesos compra un terrenito baratísimo, situado sobre el trazado de una calle futura y se construye, él mismo, un abrigo con latas o tablas viejas.

Dos o tres años después, siempre que los negocios sigan bien, hará su pieza con chapas, donde en invierno siente el frío y en el verano un calor espantoso, pero en la que, por lo menos, no entra la lluvia.

El último estadio, por fin: el del ladrillo. El hombre, *el propietario*, conoce el orgullo de poseer un cubo de material, del que se siente señor, pero que no querría para sí ni el campesino bretón más pobre, ni el más humilde habitante de nuestros países negros.

Resumiendo, lo que llama la atención en el primer contacto con esas poblaciones obreras argentinas, no es la tasa de los salarios — que son bastante remunerativos; no es la carestía de la vida, que para ellos está en relación satisfactoria con lo que ganan; es la inalterable vulgaridad de una existencia que fuera de las horas de trabajo no tiene nada que embellezca o ennoblezca la vida.

Esas gentes van allí para "hacer la América", para ganar tan rápidamente como sea posible, una cantidad suficiente de *pesos* para establecerse o para repatriarse. Eso y nada más.

A esta comprobación, para ser justos, hay que agregar algunas otras observaciones.

Buenos Aires, por ejemplo, no es como Avellaneda. La Municipalidad sigue, en escala bastante vasta, una política de casas baratas. Los trabajadores tienen organizaciones políticas y sociales. He visitado, con interés, los amplios locales de los ferroviarios, "El Hogar Obrero" que con tanto empeño dirige nuestro compañero Jiménez, y también las instituciones cooperativas que quisiéramos más

fuertes en este país del trigo, donde el kilo de pan cuesta más que en Francia.

Pero todo esto no pudo borrar la lúgubre impresión que me dejó Avellaneda. Visité Pittsburgo, hace unos veinte años. Creí que era la ciudad industrial más horrible del mundo. ¡He modificado esta opinión después de haber visto Avellaneda!

El Tigre

En El Tigre, que, según dicen, llámase así porque antes allí se encontraban tigres, o por lo menos jaguares, se unen los ríos Paraná y Uruguay.

En el punto de confluencia, después de su largo cauce a través del Brasil, hay, en un largo de 50 kilómetros, centenares de islas, más o menos pobladas.

En El Tigre, todo *porteño* que puede ostentar su riqueza tiene, aunque sea para mostrarlo, un yate.

Donde termina el ferrocarril eléctrico de Buenos Aires se levanta un hotel elegante, chalets entre rosales, y sobre uno de los brazos del río, la flotilla blanca de vaporcitos de paseo, los *steamers* de los millonarios, que no utilizan quizá sino tres meses por año, las *lanchas a motor*, que se ve desfilar entre olas de espuma, a una velocidad de 50 a 60 kilómetros por hora.

En las inmediaciones de Buenos Aires, invariablemen-

te chatas, El Tigre es el único paseo y, con sus excursiones y regatas la única diversión de los domingos.

Así, en los hermosos días primaverales, antes de la aparición de los mosquitos en la estación del calor, se congrega allí muchísima gente.

Pero para quien dispone de una embarcación, aparece al instante, lo salvaje. A no ser por los vergeles floridos que en los claros de los bosquecillos recuerdan paisajes de Europa, podría uno creerse en el estuario del Congo o del Niágara.

Guardo en mi memoria como uno de los mejores recuerdos del viaje el paseo que hicimos a El Tigre pocos días después de haber visto Avellaneda.

Un domingo luminoso de Setiembre. "Yate," de una de las grandes compañías de electricidad de Buenos Aires: una lancha a motor, muy veloz, para los que gusten ir lejos. A bordo algunos compatriotas y argentinos, miembros del Museo Social, que pronto fueron, y serán para siempre, mis amigos.

Desembarcamos para almorzar, en una isla, donde uno de nuestros acompañantes tiene su quinta. Los domésticos, que han llegado antes, preparan sobre un fuego de leña el *asado* nacional, el cordero al asador. Y embutidos, pollos, a los que seguirán jugosas naranjas y bananas maduras. En ninguna parte se come tanto y mejor que en una quinta argentina. Durante la comida, al aire libre, guitarreros tocan y cantan, con alegre vivacidad, motivos del país. Los boteros que pasan se detienen para escuchar mejor. El sol es claro, suave el calor. Es la vida floreciente, con toda su gracia.

*
* *

Impresiones semejantes recibimos, por lo demás, frecuentemente, durante las semanas pasadas en la Argentina.

Hay que tener el privilegio de conocer algunos interiores en Buenos Aires o en las residencias de sus alrededores para darse cuenta de lo que en realidad es la vida a la vez sencilla, cómoda y refinada, de una *élite,* bastante limitada, por cierto, pero que no desmerece ante ninguna otra en el mundo, en cuanto a su finura, su gusto y la riqueza de su cultura.

Entre los inmigrantes de Avellaneda y los hijos o nietos de los inmigrados hace medio siglo, la diferencia es enorme.

Pero por enorme que sea, no hay sin embargo entre ellos una barrera infranqueable.

Tal descendiente de estanciero conserva en su casa, en una vitrina, el carrito a mano de su abuelo, que era vendedor ambulante. Este otro, recién llegado del norte de Italia o de los países vascos calcula ya, en su cochitril de chapas, la cantidad de *pesos* que deberá reunir para poseer, a su turno, hermosas tierras bañadas de sol.

Y esto explica, indudablemente, por qué en la Argentina, si las luchas políticas son vivas, los conflictos sociales son relativamente atenuados.

Entre las clases que se enfrentan, no hay límites bien establecidos.

El inmigrante que acampa en Avellaneda, piensa que, con energías, puede un día llegar a ser rico. Y vota por Irigoyen, el hombre de las nuevas capas. En general, se ocupa muy poco del socialismo nacional o internacional.

Por otra parte, el estanciero que no ha sabido modernizarse podrá tener su casa en Buenos Aires, y su yate en El Tigre. Pero ve aumentar sus deudas. Sufre la atadura del Banco Hipotecario. Se da cuenta que pasó el tiempo del *unearned increment*, cuando las especulaciones en tierras bastaban para hacer fortunas. Ve elevarse a la clase nueva de gente de negocios, que amenaza convertir la Argentina en una enorme empresa extranjera. En suma, comprende que pertenece a un mundo que se va, en un país donde aún no existen estratificaciones sociales permanentes.

No exageremos, pues, ese contraste de riqueza y de miseria extremas que, a primera vista, creímos advertir.

Los unos son menos ricos y los otros menos miserables, muchas veces, de lo que parece. Estos tienen probabilidades de enriquecerse; aquéllos, en cambio, corren el riesgo de decaer y arruinarse.

V

El Peludo

Para todos los argentinos, amigos o adversarios, S. E. Irigoyen, el nuevo presidente de la República, es "El Peludo".

El "peludo" es un pequeño animal solitario, especie de roedor cubierto de una caparazón como la de la tortuga pero articulada y que pasa la mayor parte de sus días en su cueva, de la que no sale, sino al anochecer, desconfiado y astuto.

Costumbres análogas, valieron al presidente ese sobrenombre. Jefe del Estado, por segunda vez, nunca quiso ir a vivir a la Casa Rosada. Se obstina en no conocer más que su cueva, en una casa modesta situada en un barrio

excéntrico. Salvo para algunos amigos fieles, es allí casi inaccesible. En público como en privado parece ser el hombre más taciturno. Según sus adversarios, a lo menos, no es orador, ni gran administrador. Su primer presidencia, en 1914 — aseguran — no fué notable sino por su negativa — contra el deseo popular — de entrar en la guerra en contra de Alemania. Es sin embargo de origen francés, de las provincias vascas. En cuanto a la política interior, acogió con extrema complacencia lo que el mundo conservador llama "las reivindicaciones demagógicas"; luego, cuando hubo revueltas en el puerto, no vaciló en hacer funcionar las ametralladoras.

Todo esto apenas explica que el "peludo" sea popular, y sin embargo esa popularidad existe evidente e indiscutible.

Para la mayor parte de los conservadores, Irigoyen es el animal del Apocalipsis (los más perspicaces, no obstante, creen poder domesticarlo). Para los socialistas, los del "viejo partido" como los independientes, es la encarnación más peligrosa y nociva de la demagogia, de una demagogia nacionalista. Pero para la masa — y en esta masa hay tantos obreros como burgueses, pequeños o medianos — el "peludo", anciano de 76 años, es un ídolo.

Recórrase la Argentina, y, en todas partes, en las paredes de Buenos Aires o de Rosario, sobre las rocas de las Sierras de Córdoba, en la fachada de las casas de estancieros, a quienes no se les pide permiso, en los Andes como en la Pampa, allí donde se encuentra una superficie plana sobre la cual, a la manera italiana, puede embadurnarse o hacerse un "grafitti", se encontrará el nombre de Irigoyen, la invitación a votar por Irigoyen, el retrato de

Irigoyen, pintado al óleo o al alquitrán, grabado en la piedra por manos tan devotas como inhábiles.

El 12 de Octubre último, día de la trasmisión presidencial, el Peludo, con la consiguiente desesperación del protocolo, manifestó la intención de trasladarse a la Casa Rosada en taxi! Las embajadas especiales, llegadas de todos los países de la América del Sud podían ir a reunírsele allí. Se logró convencerle y hacerle subir al coche presidencial escoltado por granaderos que visten el uniforme de los soldados de San Martín, el libertador. Pero aunque en la Argentina la ceremonia de la transmisión del mando es, en general, muy sencilla, esta vez se creyó oportuno disponer un despliegue formidable de tropas para protejer al nuevo presidente de los transportes de entusiasmo de sus partidarios.

Es cierto que, por compensación, el presidente saliente, Alvear, de rótulo radical, pero conservador y hombre de orden por temperamento, fué silbado, en el momento de abandonar la Casa Rosada.

Esta impopularidad, explica, por lo demás, la popularidad de su sucesor.

El señor Alvear, aristócrata, culto, espiritual y notablemente enterado de las cosas de Europa, quizá mañana embajador en París, era por solidaridad de clase el hombre de "los estancieros", de esa clase oligárquica latifundista, ayer aún todopoderosa, y que siente ya desmoronarse su poder.

En cambio, Irigoyen, consciente o inconscientemente, representa la ascensión de las nuevas capas de la burguesía mediana. Si, por otra parte tiene a su favor la gran mayoría del pueblo bajo, se debe ante todo a la circunstan-

cia de que en ese país donde el patriotismo, cuidadosamente cultivado en las escuelas, se hace cada año más ardiente y exclusivista, él aparece como la propia encarnación del espíritu nacional, de la resistencia a las empresas extranjeras, de la lucha contra el imperialismo del dólar y, en general, contra todo imperialismo que pueda amenazar la independencia económica del país.

Se ha podido preguntar, recientemente, en Ginebra, si la Argentina se retiraba de una manera definitiva de la Sociedad de las Naciones. Con Irigoyen en el poder, la cuestión está despejada: "La Argentina puede y debe bastarse a sí misma; la Sociedad de las Naciones nada serio hizo por ella. Ella nada tiene que hacer con la Sociedad de las Naciones". Estas semblanzas, demasiado sumarias, de los hombres y de las cosas de la política de la Argentina, corren el riesgo de producir en nuestros lectores socialistas una impresión poco favorable. En todo caso, no estarán solos; ya hemos transcripto aquella frase severa escuchada en Mendoza, de ese gran industrial de origen británico, nacido en la Argentina, y argentino en todo.

No hay porque no darle razón, a condición de hacer a su pesimismo importantes observaciones.

En efecto, hay pocos países, en Europa, donde se esté tan libre como en la Argentina; donde se ha hecho un esfuerzo tan considerable para la enseñanza en todos sus grados; donde la prensa, la prensa grande — "La Nación" y "La Prensa" por ejemplo, sin mencionar los diarios socialistas — comprenda su gran papel en la educación; donde iniciativas de todo género han creado obras tan bellas de asistencia y de solidaridad social; donde los mismos po-

deres públicos acogen tan fácilmente las reivindicaciones de interés inmediato para los trabajadores.

Uno de nuestros compañeros del partido socialista me dijo, a este respecto, con una irritación un poco irónica:

"No podemos, en la Cámara, hacer moción alguna en favor de los obreros, sin que, en el acto, el gobierno no nos sobrepuje".

Feliz país ese en que los partidos burgueses, lejos de resistir a los socialistas, se esfuerzan por precederles.

Comprendo perfectamente que hay mucha demagogia en todo eso y que esta demagogia puede traer consecuencias tanto más penosas cuanto que nuestros amigos, divididos en dos fracciones hostiles, no están actualmente en condiciones de reaccionar con bastante fuerza.

Es, por otra parte, lo que me dijo Repetto, el leader del viejo partido, el día de mi partida, cuando vino a despedirme:

"Hubiera querido hablarle aún mucho tiempo; hablarle del porvenir que me inquieta, no a causa de divisiones secundarias, después de todo, sino porque veo agrandarse la amenaza de un régimen que, conservando las apariencias de democracia, evoluciona rápidamente hacia la dictadura personal".

Que esta amenaza es real, muchos lo afirman. Pero para conjurarla nada sería tan deseable como ver a los hermanos socialistas enemistados, poner fin a las querellas y olvidar los agravios que pudieran tener, en el interés de la causa común.

Palacios fué expulsado del partido por haber aceptado un duelo. Iba a hacerse, quizás, lo mismo en el momento de la división con el joven y brillante diputado Pinedo por

haber contraído enlace religioso con una joven de la aristocracia local más cerrada, y cuyo casamiento se realizó en el templo más lujoso de la ciudad. Se expulsó luego a 11 diputados y otros dirigentes por haberse solidarizado con uno de aquellos que había atacado violentamente al Comité Ejecutivo.

¿Créese que éstas pueden ser razones suficientes para impedir durante largo tiempo todavía, la vuelta a la unión del socialismo argentino?

VI

Dos días en el Uruguay

Al Uruguay se le llama con frecuencia la Bélgica Sudamericana. Una Bélgica más grande, seguramente, pues, en su territorio (186.000 kilómetros cuadrados) tendría cabida no solamente Bélgica sino también los Países Bajos, Dinamarca y Suiza. Un lote de tierra, no obstante comparándolo con la Argentina enorme y el Brasil inmenso; pero aunque no alberga más que 1.700.000 habitantes, cuenta con 8 millones de vacunos, más de 12 millones de lanares, y este ganado formidable hace del Uruguay uno de los países más ricos, prósperos y adelantados de la América del Sud.

Jaurés y Alberto Thomas, que estuvieron allí antes

que yo, me habían hablado del Uruguay con entusiasmo, destacando sus instituciones democráticas — que no son como en otras partes, muchas veces un decorado vano, — su legislación obrera y sus realizaciones socialistas. Mi impresión no ha sido menos favorable que la de ellos.

*
* *

Desembarcamos en Montevideo en la mañana de un día gris y fresco del mes de Octubre, que recuerda más nuestro otoño que la primavera del otro hemisferio.

En el muelle, dos docenas de comunistas dan sus vociferaciones rituales. Allí son un poco más numerosos que en la Argentina. Cuando, bajo la influencia de Moscú, el pequeño partido socialista uruguayo se dividió, la mayoría, como en Francia, estuvo con los comunistas, y también como en Francia, quedaron con el diario del partido, y con sus locales.

Esto nos explican en el trayecto los miembros del comité que el gobierno cuyo huésped somos, ha designado para recibirnos; encabezado por el decano de la Facultad de Derecho, doctor Irreruta Goyena y nuestro compañero Frugoni, líder de los que quedan del partido socialista uruguayo.

Respecto de Montevideo que es ya una gran ciudad de 500.000 habitantes, queda poco que decir si se ha pondera-

do su situación sobre la arista que separa al mar del Río de la Plata, la elegancia de las casas de estilo colonial que hacen de sus suburbios un gran jardín, y la belleza de los parques públicos que una municipalidad más previsora que la de Buenos Aires ha tenido el cuidado de reservar en todos los barrios.

No quedamos, por otra parte, en la ciudad más que el tiempo indispensable para visitar a los miembros del gobierno y en primer lugar al Presidente de la República, que es, como el nuevo presidente de la Argentina, un vasco de la parte francesa de los Pirineos.

El Palacio de Gobierno, en Montevideo, es tan modesto como no lo es el palacio legislativo.

Por una parte dominado por el enorme rascacielo que se destina a exposiciones industriales, existe una especie de Sub Prefectura de segunda clase; por el otro lado se levanta un suntuoso edificio adornado con todas las clases de mármoles uruguayos y cuyas proporciones colosales recuerdan el Palacio de Justicia de Bruselas.

Esta desigualdad de los locales, no deja de ser simbólica.

Mientras que en el Brasil y en la Argentina, el presidente es una especie de potentado, cuyos ministros, elegidos por él, no son más que agentes de ejecución, existe en el Uruguay una partición curiosa de poderes entre el presidente que elige tres de los ministros, y el Consejo nacional de Administración, emanado del Poder Legislativo, que elige cuatro ministros.

El Congreso Legislativo, se compone de dos Asambleas: Un Senado con diez y nueve miembros (un electo por cada provincia) y de una Cámara de Diputados mucho

más numerosa, donde se combaten dos fracciones casi iguales: los *blancos* y los *colorados*, estos últimos en el poder desde hace largos años.

Visitamos sucesivamente las dos Asambleas.

El Senado, primero, donde en medio de un decorado fastuoso, bajo las tribunas bastante nutridas, una docena de padres conscriptos discuten el presupuesto sin más formas oratorias que las vigentes en el consejo administrativo de una sociedad financiera.

La Cámara de Diputados, después, donde casi no se pronuncian discursos, pero en la que un miembro cuya cabeza ostenta unos cabellos bastante agresivos — ¿sería ese uno de los dos diputados comunistas? — vitupera en un tono irritado.

Anunciada nuestra presencia, la Asamblea se interrumpe y designa los delegados que nos dan la bienvenida en el despacho del presidente.

El doctor Irreruta que hace las presentaciones con plácida y un tanto irónica chanza, nos dice: "¡El Sr. X, un *blanco*, Sr. Z, un *colorado;* por lo demás, si Ud. coloca uno en el lugar del otro, nada cambiará!"

Opino, sin embargo, que el Señor Irreruta exagera. Frugoni, que fué diputado, y cuya ausencia todo el mundo allí parece deplorar — algo así como la salida de León Blum del Palacio Bourbon — Frugoni, digo, se encarga de colocar las cosas en su lugar.

Es cierto que, en un principio, los blancos y los colorados no fueron otra cosa que grupos formados en torno a un hombre — como aún los hay en los países vecinos. Pero entre los rojos, los *colorados*, hoy, se encuentra una fracción importante, la más importante, la de los *Battlistas*

(toman el nombre del viejo líder José Batlle y Ordóñez, especie de Irigoyen uruguayo) quien se declara rojo en el sentido europeo de la palabra, y se ha apropiado del programa de aplicación inmediata del partido socialista, vanagloriándose de haber ido muy adelante en el camino de las realizaciones: seguros obreros, jornada de ocho horas, administración directa para la electricidad, por ejemplo, y pronto para un frigorífico nacional.

Arrinconado entre los *battlistas* que toda la burguesía de Río, de Buenos Aires y quizá de Montevideo considera como socialistas, por una parte, y los comunistas que cuentan en sus filas con los elementos más incultos de la inmigración por la otra, el partido socialista uruguayo está reducido a muy poca cosa.

No tiene más diputados en la Cámara. Sus recursos son tan escasos que adherido de corazón a la Internacional, no se afilia a ésta para no tener que pagar las cuotas reglamentarias. Pero, si su presupuesto es restringido, si sus efectivos son pocos, tiene la buena suerte, como ningún otro grupo, de contar con algunos hombres, y ante todo con Frugoni, poeta, orador, propagandista, que representa, eminentemente, el tipo, bastante frecuente en la Argentina o en el Uruguay, de esos intelectuales que tienen todos sus vínculos en la clase directora y que, renunciando a carreras fáciles y fructuosas, se han adherido al proletariado, con un espíritu de puro desinterés e idealismo.

Idealismo tanto más meritorio cuanto que, por muchos años aún, no pueden hacerse ilusiones sobre la posibilidad de desarrollo de un gran partido socialista.

*
* *

Con Irreruta, Frugoni y otro profesor, joven socialista de la Facultad de Derecho, hemos dado un gran paseo en auto, por la provincia de Canelones, que rodea el distrito federal de Montevideo.

Hasta donde alcanza la vista, el país no es más que un inmenso pastizal raramente cultivado. Las vacas son diez veces más numerosas que los hombres. Salvo en algunos suburbios inmediatos de la Capital, no se ve una chimenea de usina y lo mismo sucede en la extensión total del territorio; la ciudad más importante después de Montevideo, no llega a 30.000 habitantes.

En una región tan netamente agrícola, donde existen aún tierras libres, donde nadie precisa ser obrero si prefiere hacerse colono, hay lugar para una democracia, hasta para una ideología más o menos socialista; no lo habrá — por mucho tiempo — para un partido socialista con fuerza real. Es razón más para admirar a los que, como Frugoni, consagran los mejores esfuerzos de su inteligencia y de su talento a la preparación del porvenir.

*
* *

El punto terminal de nuestra excursión fué Piriápolis, la playa de baños que se encuentra a 100 kilómetros de Montevideo, al pie de la Sierra de Minas.

Jaurés que la visitó antaño, no la habría reconocido, si hubiese podido volver a la América del Sud.

Construída en su totalidad por el señor Piria, un propietario italiano, que, como muchos compatriotas suyos parece haber tomado de Alemania el gusto por lo colosal, Piriápolis exhibe hoy un palacio enorme, cuyo rectángulo blanco desluce un poco el lindo paisaje de los alrededores, con sus montañas grises, su bosque de eucaliptos, denso como una selva y con sus villas floridas, al borde del mar azul, donde los peces plateados dan mil vueltas.

Nada de todo eso hace soñar en un mundo nuevo y allí, como en muchos otros lugares, después de algunas semanas se impone a uno esta reflexión: desde hace un cuarto de siglo no cabe duda, la dominación de Europa retrocede, pero su civilización se extiende como nunca. Europa acabará rápidamente la conquista del mundo.

VII

Una semana en el Brasil. — De Río a Sao Paolo

"En Sao Paolo Ud. no encontrará nada digno de ver, sino el trabajo".

Así nos dijo en un francés impecable uno de los colaboradores principales del presidente Prestes, el Secretario de Estado de comunicaciones.

Exageración, sin duda.

Hay muchas cosas que ver en Sao Paolo, y cosas interesantes.

Allí está, en primer lugar el *Butantan,* el serpentario, donde se puede ver y tocar, en el suelo, en el agua o en la rama de un árbol todas las especies de ofidios del Brasil, inofensivos y venenosos, desde la anaconda hasta la terrible cascabel.

Un hombre, vestido de blanco como un enfermero, con botas hasta las rodillas y armado de una larga horquilla, los busca en los escondrijos y los maneja como si fueran anguilas. Nos enseña que los más agresivos, los que más muerden no son los venenosos, sino los otros: como no tienen glándulas venenosas, para defenderse o para matar a su presa, deben ser mucho más ligeros para la fuga o el ataque.

Butantan, agreguemos, no es una simple casa de serpientes; es un verdadero Instituto Pasteur, que se ocupa de muchas otras cosas además de curar picaduras de cobras o de coralillos. Las picaduras mortales son muy raras, tres o cuatro por año sobre los millones de habitantes de esta parte del Brasil.

*
* *

Existe, además, en Sao Paolo, la célebre *Penitenciaría*, completamente nueva, la última palabra de las reformas penitenciarias, donde los calabozos son desconocidos, los guardianes no usan armas, y novecientos detenidos — todos delincuentes del Estado de Sao Paolo, condenados a más de un año de prisión — son objeto de un piadoso esfuerzo de regeneración por medio del trabajo.

Hemos visitado detenidamente los talleres de carpintería, de herrería, de ebanistería, de confección de vestidos

y de calzado provistos de todos los perfeccionamientos de la técnica moderna, con mucha luz, espaciosos, bien ventilados, sometidos al régimen de ocho horas, exentos del *sueating sistem* de los empresarios privados.

Saliendo de allí, sobreviene irresistiblemente esta reflexión: ¡Si algún día pudiesen todos los obreros brasileños beneficiarse, desde el punto de vista del trabajo, con las condiciones de que gozan en la penitenciaría!

Hemos visto también en Sao Paolo el *Instituto del Café*, regulador principal de la venta del café en el mundo.

No es más que un local ornamentado con diagramas y estadísticas.

Para ver propiamente el café, cuyas plantaciones cubren una extensión enorme, es menester recorrer, como lo hemos hecho, las regiones de los alrededores.

*
* *

De Río a Sao Paolo, primero, por la carretera nueva, inaugurada hace apenas tres meses.

Son más o menos 600 kilómetros, que en automóvil generalmente se hacen en dos etapas.

Al salir de Río, se atraviesa la cadena lindante, plena selva tropical, para alcanzar a unos 800 metros, la meseta que da al Estado de Sao Paolo un clima moderado, con-

veniente para los hombres y al mismo tiempo para los cafetos.

Después de 200 kilómetros, uno se aloja, si se tiene la buena suerte de ser invitado, en el *Club de los* 200.

Sorpresa grata, la de encontrar en esa soledad, que la noche hace particularmente triste, un elegante pabellón, brillantemente iluminado, una mesa bien servida y buen albergue: piezas con baños y aguas corrientes; una comida que reune a los pescados del río con las aves de la granja vecina, propiedad particular del club. Si hemos podido estar allí aquella tarde, se lo debemos a la amabilidad siempre atenta del prefecto de Río y del gobierno, cuyos huéspedes somos desde nuestra llegada al Brasil.

*
* *

A la salida del Club de los 200 comienza, o mejor dicho, comenzaba la región del café.

Durante mucho tiempo, en efecto, los propietarios de las *fazendas* no practicaban el cultivo extensivo. No recurrían a los abonos. Cuando más, si las tierras aptas para el café estaban explotadas, se iban más allá, hacia el oeste.

El señor Déjean, embajador de Francia en Río, nos había dicho:

"La primera parte del camino es soberbia. Pero después, y hasta Sao Paolo, es el desierto".

Yo no he visto las cosas del mismo modo.

Ciertamente, hay paisajes más risueños que esas colinas peladas, desnudas, donde algunas plantas de café, silvestres, nos indican el lugar de los antiguos cultivos.

Pero al irse los *fazenderos* para plantar en otras partes, dividieron sus tierras, las vendieron a otros colonos y después de la extinción del café, la región se rehace, se transforma en un lugar de cría de ganado, y está en camino de conocer, de nuevo, días de prosperidad.

El gran valle de Parahyba, por ejemplo, que se ve desde el camino, al pie de las montañas lindantes es en este sentido ahora una de las regiones más importantes del Brasil.

A medida que nos aproximamos a Sao Paolo, advertimos más poblada la región. Los pueblos y las aldeas se suceden, con sus lindas plazas públicas sombreadas con palmeras, donde algunos negritos con camisas rosadas o blancas ponen una nota pintoresca.

Haciendas, culturas hortenses, almacenes "secos y molhadis", *recreos*, anuncian la concentración.

Algunos kilómetros más y Sao Paolo, con sus casas coloniales, con sus suburbios, con sus avenidas sombreadas por acacias, con sus flores malvas que les dan un aspecto fresco, con las calles atestadas de gente del barrio de negocios y, en el centro de la ciudad, un conjunto de rascacielos — el más reciente de treinta pisos — que hace recordar a Nueva York de veinticinco años atrás.

Nuestro Secretario de Estado tenía razón: esta es la ciudad del trabajo, la capital del Estado más activo, más vivo, más evolucionado del Brasil, grande como Francia, poblado como Bélgica, que paga tantos impuestos al Po-

der central como todo el resto de la República, y que el año pasado produjo todo el café necesario para el consumo del mundo y, no satisfecho aún con esta fuente de riqueza, levanta al cielo tropical las chimeneas de sus fábricas de seda y tejidos de algodón.

Actualmente, sólo la ciudad de Sao Paolo tiene más de 800 mil habitantes; menos que Río de Janeiro, que tiene casi el doble — según las afirmaciones de las estadísticas. Pero, por razones climatéricas, nunca Río será más que una capital comercial y de lujo, y durante los meses que nosotros llamamos de invierno, la estación más maravillosa para el veraneo.

Sao Saolo, en cambio, es la verdadera capital industrial del país, rodeada por otros centros que prosperan visiblemente y de cuya existencia sabemos poco menos que nada en Europa.

Fuimos hasta Campinas para ver una plantación de café.

Esperaba encontrar allí una gran aldea.

Campinas es una ciudad de 100.000 habitantes; para llegar allí se pasa por otras donde bajo un cielo de fuego trabajan millares de obreros y obreras.

En una fábrica de seda, por ejemplo, en Campinas, la mayoría de los obreros son mujeres, menores muchas de ellas. Algunas parecen no tener más que doce años de edad.

El capataz, italiano, interrogado, nos afirma, con autoridad, que todas han pasado la edad reglamentaria de catorce años. Confiemos en su palabra. Pero, quizá, Albert Thomas, superinspector del trabajo para ambos hemisferios, sería más escéptico.

Técnica muy moderna, por lo demás. Máquinas nuevas, de fabricación suiza o italiana. Talleres amplios y con buena luz. Allí es soportable el día, a pesar del calor, ya fuerte. Pero qué será allá en las salas de ebullición del algodón, por ejemplo, durante los meses terribles de Enero, Febrero, Marzo, en pleno verano austral?

Uno anhela salir de estos pabellones inundados de cruda luz, de esos corredores sin un rincón de sombra, para gozar la delicia de la *fazenda* donde se nos espera.

Plantaciones hasta donde se pierde la vista. Secadores de café. Casillas para los colonos. Luego, en un magnífico jardín, la casa del patrón, sencilla y cómoda, con la piscina clásica para las sumersiones matinales y, atrás una magnífica huerta de mango, naranjas y ananás.

Tres jóvenes infinitamente graciosas — la hija del propietario y sus dos primas — nos reciben allí, ofreciéndonos frutas que para un europeo tienen el atractivo de las cosas nuevas. El momento es exquisito. ¡Oh tiempo, suspende tu vuelo!

Pero he aquí que nuestros compañeros — el amable agrónomo brasileño que nos sirve de guía y el erudito profesor francés que habíamos agregado de pasada, en el Instituto agrícola, — ponen sordina a nuestro entusiasmo.

"Esta fazenda, como muchas otras, es un rincón del paraíso sobre la tierra. Pero es un paraíso, en que, generalmente no hay alguien. El propietario está en Sao Paolo, en París o en Roma. Sólo raras veces aparece en su casa de campo. Por lo demás, en esos casos se conforma con ver al "administrador". Es el ausentismo, en una palabra, con todas sus consecuencias".

Encontramos aquí, pues, el mismo fenómeno social

que en la Argentina: El *gotterdanimerung* (el crepúsculo de los dioses) de la gran propiedad aristocrática, la abdicación de los *estancieros* o de los *fazenderos* a favor de sus intendentes o de sociedades anónimas, la aparición de nuevas capas más activas y más ávidas; en total, el pasaje de la era precapitalista con sus restos de esclavitud, al capitalismo propiamente dicho, explotador de proletarios.

Que las cosas deben andar así para que algún día vayan mejor, un socialista no lo discutirá. Ningún progreso se produce sin pérdidas y será una pérdida, en definitiva, la desaparición — como la de los gentileshombres virginienses o la de los filósofos aristócratas del régimen antiguo — de esos propietarios de *fazendas* o de estancias, tan amables, tan obsequiosos, entre los que los mejores fueron para su país, en los comienzos, un elemento de cultura y de progreso.

Aproximándose a ellos, seducen. No disgusta a un socialista decírselo, al dejarlos.

*
* *

Ultimo día en el Brasil: un auto nos conduce a Santos. En la Sierra, se nos hace visitar las instalaciones hidroeléctricas de la "Ligth" que continuamente agrandadas suministran luz y fuerza a Sao Paolo. De la meseta, 700 metros más abajo, aparecen Santos y el Océano. Dos horas más tarde nos encontraremos a bordo del Lutetia, en viaje a Europa.

VIII

Feliz quien como Ulises ha hecho un buen viaje

En alta mar, 4 de Noviembre de 1928. Buen viaje hicimos este año más bien dos veces que una. Hemos atravesado por cuatro continentes. Disfrutamos de cuatro primaveras sucesivas: en Egipto, en Marzo, en Jerusalén en Abril, en Bruselas en Mayo, en la América del Sud en Setiembre y Octubre.

Durante estos últimos dos meses recorrimos en tren 3.500 kilómetros en la Argentina y 1200 kilómetros en auto, en el Uruguay y en el Brasil; pronunciamos veinte conferencias y discursos, conocimos los ambientes más diversos, desde el Jockey Club hasta la Casa del Pueblo, nos pusimos en contacto con toda clase de gentes, autóctonos

y extranjeros, estancieros y peones, porteños y provincianos, hombres de negocios y políticos, conservadores, demócratas, socialistas o partidarios — lo que significa su única opinión — del *Peludo* o sea del Presidente Irigoyen.

Siete semanas es poco para ver países tan grandes como Europa.

Admiro a los que pueden escribir un libro, con juicios definitivos, sobre la Argentina o Rusia después de permanecer ocho días en Buenos Aires o en Moscú.

Pero es tiempo suficiente por lo menos para anotar algunas impresiones.

*
* *

Y, ante todo, la comprobación agradable de que en toda esta parte del mundo, nuestro pequeño país tiene una prensa buena.

En el Brasil no son muchos los belgas. Pero hemos encontrado algunos en Sao Paolo cuya calidad recompensa la cantidad.

En la Argentina, en cambio, la colonia belga es más importante y muchos de nuestros compatriotas ocupan allí situaciones privilegiadas. No me refiero sólo a los colaboradores belgas del señor Heinemann, que dirigen la gran empresa de electricidad "CHADE" y que acaban de dotar a Buenos Aires de una central eléctrica que sobrepasa a la

de Berlín, y ha de ser indudablemente la más poderosa del mundo. Están los molinos del Sr. Bruyn, las casas de exportación de las firmas Kreglinger, Bunge, el gran frigorífico La Blanca, los tranvías de Buenos Aires, el Banco hipotecario belga y otras empresas en que los intereses belgas son preponderantes.

También en las provincias, en Córdoba, en Tucumán, en Mendoza hay viejos obreros belgas, de Lieja o de Charleroi, emigrados durante el período que siguió a 1886. Hace treinta y cinco años y más que se encuentran en la Argentina, sin haber vuelto jamás a Europa; como no hablan, por decirlo así más que el español, se expresan en francés o en "valón", sólo con dificultad. Pero no se han olvidado su país, y, en afectuosa confraternidad con los franceses, mantienen en cada ciudad círculos franco-belgas, en los que el retrato del rey Alberto se encuentra junto a los del general Jofre y Poincaré.

Me entendí muy bien con ellos, naturalmente, y también — no se disguste Neray — con los capitalistas de la carne, del trigo, de los tranviarios y de la electricidad.

No hay como encontrarse a unos 10.000 kilómetros distante del propio lugar para que la "unión sagrada" resulte fácil y guardemos el mejor recuerdo, por ejemplo, de la recepción cordial que nos hicieron los círculos belgas de Buenos Aires, de Rosario o de Córdoba.

*

* *

En cuanto a la acogida que encontramos de parte de los argentinos y también de los uruguayos y brasileños, ¿qué podría decir para expresar suficientemente nuestra gratitud?

En Montevideo como en Río fuímos huéspedes del gobierno. En Buenos Aires éramos los invitados del Museo Social y de su presidente, el señor Amadeo, que ahora es un amigo nuestro; pero cuando el ministro del Interior supo que pensábamos visitar las provincias, puso a nuestra disposición un coche especial, cuya extrema comodidad, evitándonos las fatigas de los trayectos nocturnos; nos permitió ver el máximun de cosas en un mínimun de días: Rosario, el puerto de cereales más grande en el mundo; Córdoba, la vieja ciudad colonial española; Tucumán, jardín de naranjos y rosas; Mendoza, con sus ricas viñas y, en la frontera de Chile, Puente del Inca, desde donde se descubre el Aconcagua, la segunda montaña del globo, con su altura de siete mil metros.

Es menester, en verdad, ir a los países nuevos para medir, por comparación, lo que nuestra hospitalidad oficial en Europa tiene, en general, de restringido y de parsimonioso.

Pero lo que hace verdaderamente interesante la hospitalidad tan cordial y tan amplia de que fuimos objeto, es que provenía de autoridades o de círculos burgueses y se dirigía al socialista que no ocultaba sus opiniones, que estaba en relaciones estrechas con sus compañeros del país, y que, casi siempre, trataba en sus conferencias cuestiones relacionadas con el socialismo.

En Buenos Aires y en La Plata, fué un socialista, nuestro camarada Palacios, delegado de la Facultad de

Derecho y Ciencias Sociales, quien presidió las conferencias que pronuncié en la Universidad, sobre el materialismo histórico y la política internacional.

En Montevideo, donde hablé también en la Universidad, el comité de recepción, elegido por el gobierno, estaba compuesto por el decano de la Facultad de Derecho y dos profesores socialistas, entre ellos el líder del partido, nuestro compañero Frugoni.

De una manera general, por otra parte, y aún en Córdoba, donde, como hemos visto, las cosas andaban algo tirantes, fuí invitado a hablar en todas las Universidades y siempre, en la lista de los temas propuestos, se daba preferencia a los problemas sociales o políticos.

¿Cuántas universidades oficiales hay en Europa, donde se permita llevar tan lejos el libre examen?

*
* *

En cuanto al socialismo como partido, hay que dej constancia de que en Brasil no existe.

En Río hay un naciente Partido del Trabajo que me envió sus estatutos con expresiones de simpatía. Como una vez en Madrid, el Sindicato de los cocheros de Río me pidió que pronunciara una conferencia. En Sao Paolo tuvimos el placer de ser recibidos por nuestro amigo Frola, antiguo diputado de Turín. Pero, en suma, en ese espacio de trein-

ta millones de habitantes, donde se encuentran todos los grados de la civilización, donde hay tanta tierra libre como para que nadie sea proletario, con pesar, el socialismo no existe sino en un estado de nebulosa.

Durante mi estada en Sao Paolo, un periodista burgués intentó hacerme un reportaje político.

Yo me rehusé diciendo que había ido a Sao Paolo para ver las plantaciones de café o la Casa de las Serpientes, pero no para hablar de política.

"Es lamentable, escribió al día siguiente, queríamos preguntar a Vandervelde qué pensaba de esta frase de uno de nuestros Secretarios de Estado: "En Brasil la cuestión social es una cuestión de la policía".

*
* *

Las cosas se presentan de otro modo en el Uruguay.

En Río como en Buenos Aires, todo el mundo dice que el gobierno de Montevideo es un gobierno socialista.

Hemos podido ver que esto no es exacto y que las tendencias socializantes de las fracciones dueñas del poder tuvieron como efecto el hacer más difícil el desarrollo de un partido realmente socialista.

Por otra parte, el partido socialista del Uruguay tuvo como el partido socialista de Francia, la mala suerte de ser *mayorizado* por los comunistas, que se quedaron con el

diario del partido y con la Casa del Pueblo de Montevideo.

Pero, a pesar de las realidades actuales, no ha perdido las esperanzas.

He asistido, antes de abandonar Montevideo, a una reunión preparatoria para las próximas elecciones. Allí dominaba un entusiasmo augural de buenos resultados.

*
* *

Pero, en resumen, es en la Argentina donde el socialismo constituye en esta hora, efectivamente, una fuerza política.

En la Capital, a lo menos, los socialistas, si estuviesen unidos, serían una potencia. Tienen allí, casi la mayoría de los votos. Cuentan con efectivos, obras y en una como en la otra fracción, hombres cuyo valor todo el mundo reconoce.

¿Es imposible la reconciliación de estos hombres? Vamos a examinar el asunto.

IX

Las disidencias socialistas en la Argentina

No hace mucho aún, en vida de Justo, su gran líder, el Partido Socialista argentino, poco numeroso en el interior del país, tuvo en Buenos Aires posiciones muy sólidas. Era entonces, el partido más fuerte en la capital. Los partidos burgueses no tenían más bancas en el Congreso Nacional que las que la ley electoral reconoce a las minorías.

Pero, ya antes de la muerte de Justo, en 1927, se produjeron disidencias, en las cuales se descubren menos divergencias doctrinarias que enemistades personales o incompatibilidades de temperamentos y ánimos.

Desaparecido Justo las cosas se agravaron. Se llegó hasta las expulsiones. La mayoría del grupo parlamentario,

cuyas personalidades más notables eran Bunge y de Tomaso, fueron excluídas del partido. En seguida, ella constituye un partido nuevo, el de los Socialistas Independientes, que en las últimas elecciones para la Cámara obtuvo mayor número de votos que el viejo partido.

Por otra parte, se sabe que las dos fracciones se atribuyen la democracia socialista, que los Independientes concurrieron al Congreso de Bruselas, en el mes de Agosto próximo pasado para reclamar su afiliación a la Internacional y que el Ejecutivo de ésta me encargó recoger, en el lugar, las más amplias informaciones sobre la causa de la escisión y las probabilidades de restablecer, en un porvenir próximo, la unidad socialista.

*
* *

Semejante misión no pudo colocarme sino en una situción bastante delicada frente a las dos fracciones. Me impuso ante unos y otros una reserva que los líderes respectivos comprendieron perfectamente, aunque, quizá, fué menos comprendida por la masa de los militantes. De una y otra parte, sin embargo, fuí siempre recibido con una cordialidad extrema, y tanto en la Casa del Pueblo, sede del viejo partido, como en el local de los Independientes se tenía amplia confianza en mi objetividad.

*
* *

Ya en Bruselas, cuando Mario Bravo por el Partido Socialista, y Augusto Bunge por los Independientes expusieron sus puntos respectivos de vista ante el B. S. I. Luis de Brouchere expresó el sentimiento de todos diciendo: "Vemos claramente que están ustedes divididos, pero no alcanzamos a ver cuáles son los puntos doctrinarios que los separan".

Llevada adelante la investigación debo confesar que esta primera impresión no se ha modificado. En Buenos Aires como en Rosario, hay algunos grupos comunistas Ambas fracciones socialistas les muestran igual hostilidad y creo firmemente que están equivocados quienes presumen que una fracción del partido socialista irá a unirse a los comunistas mientras otra se aproximaría a los independientes.

En el Parlamento, los dos grupos están en desacuerdo no en cuanto al principio de la nacionalización de los yacimientos petrolíferos sino sobre el modo de explotación. Los independientes, que algunos se inclinan a presentar como "socialistas de derecha", hicieron campaña para la explotación directa, por el monopolio de Estado, y los representantes del viejo partido, en cambio, socialistas probados, como A. Dickmann, defendieron con argumentos muy serios, el sistema de la explotación mixta, con la mayoría de las acciones para el Estado.

*
* *

Pero esos no son desacuerdos que puedan servir siquiera de justificativo para la ruptura de la unidad socialista.

Hay además, para ser exactos, la cuestión de la bandera, o mejor dicho de las banderas.

Repetto y los compañeros del viejo partido, celosos como nadie de la autonomía nacional, consideran sin embargo que se falta a los principios de la Internacional al llevar en las manifestaciones socialistas otra bandera que la roja.

Haciendo, en cambio, lo que Huysmans quiso hacer siempre en Bélgica, lo que los social - demócratas alemanes acostumbran a hacer desde el establecimiento de la República, los socialistas independientes llevan a la cabeza de sus mitines la bandera roja de la Internacional y la bandera blanca y azul de la República Argentina.

Desde el punto de vista de los principios, nada puede reprocháreseles, pues toda la organización de la Internacional obrera socialista se basa en la existencia de nacionalidades distintas que deben unirse, federarse sin confundirse.

No obstante, en estas distintas actitudes de los socialistas argentinos respecto de ciertos símbolos hay algo que puede explicar muchas otras.

De una manera general, en muchas cuestiones de orden moral más bien que político o económico, los hombres del Partido socialista parecen más rígidos, más intransigentes, más "montados sobre los principios" que los socialistas independientes, que se jactan de ser más liberales, más despojados de todo espíritu de secta y, como Bunge lo escribió en un artículo sobre el congreso de Bruselas, más "humanos". (Anexo III).

Expresando a este respecto mi sentimiento personal, diré gustosamente que con puntos de diferenciación mucho menos graves, hay entre el Partido socialista argentino y los socialistas independientes divergencias un tanto semejantes a las que separaron antaño, en Francia, a Guesde y Jaurés, al partido obrero y al Partido de los socialistas independientes.

Tales diferencias pueden explicar la división de las fuerzas socialistas; pero no impidieron en Francia — y es de desear que tampoco lo impidan por mucho tiempo en la Argentina — el restablecimiento de la unidad, tan necesaria.

Actualmente, no obstante, y más por razones personales, quizá, que por razones de orden general hay que confesar que se está lejos de alcanzarla.

Las dos fracciones se combaten tenazmente en las elecciones nacionales como en las locales y, frente a la Internacional, pretenden, una y otra, representar la mayoría de los socialistas argentinos.

Pero esa es, en realidad, una cuestión que no podría ser resuelta únicamente por la comparación de los resultados electorales.

Con efecto, en las últimas elecciones, los independien-

tes obtuvieron, en Buenos Aires, más votos que los candidatos del Partido Socialista y lograron las bancas que la ley adjudica al grupo de la minoría más fuerte.

Pero, tanto por un examen de los resultados electorales como por informaciones que he podido recoger deduzco que muchos de los sufragios dados a los independientes no han sido sufragios de socialistas.

Algún gran propietario e industrial que no tiene ya la menor confianza en los conservadores para resistir a lo que se llama "la demagogia irigoyenista" nos dijo: "Yo voto en cada elección por los socialistas independientes. Sólo ellos son capaces de formar un grupo serio de oposición, de ejercer una fiscalización honesta y eficaz sobre los asuntos políticos".

Que no se trata, en absoluto, de un caso aislado lo reconocía el propio de Tomaso, secretario general del nuevo partido, agregando que, antes de la división, y por motivos idénticos, ciertos conservadores esclarecidos votaban ya por los socialistas.

*
* *

Es una cosa notable, por otra parte — e hice ya la misma observación en España — el prestigio, la autoridad moral de que gozan la mayor parte de los socialistas no

precisamente en los círculos más avanzados, sino entre los más esclarecidos de la burguesía.

Ellos únicamente — se me dijo — tienen principios, un programa, una línea política. Puede no querérselos. Pero hay que rendir homenaje a su desinterés y a su integridad. No puede decirse lo mismo de todos los demás hombres públicos.

La verdad es que desde ese punto de vista, las dos fracciones del socialismo argentino no tienen por qué envidiarse la una a la otra.

Tengo la convicción de que el viejo partido conserva consigo la mayoría de los elementos obreros socialistas. Tiene la Casa del Pueblo. Quedó con "La Vanguardia", el órgano al que Justo dió renombre en la Internacional. Mantiene, con la exclusión de los disidentes, relaciones muy íntimas, con la Confederación Obrera Argentina, equivalente a nuestra Comisión Sindical.

Los independientes, por su parte, parecen tener más simpatías en los círculos intelectuales. Descuentan resultados electorales brillantes en las elecciones comunales próximas, a lo menos en Buenos Aires. Han realizado, en pocos meses, el esfuerzo de organizar un partido y darle un gran diario, "Libertad".

Pero hay un testimonio que todo socialista de afuera, resuelto a ver las cosas objetivamente, está obligado a dar; y es que en los dos campos se encuentran militantes probados, socialistas sin tacha, hombres que por su carácter, su saber, su devoción a la causa, honran a la Internacional.

Es la verdad, cuando uno se refiere a Repetto, a los hermanos Dickmann, a Mario Bravo, cuyo tacto y delicadeza todos hemos apreciado en Bruselas; al excelente Angel

M. Jiménez, cuyos 120 kilos se acomodarían tan bien en un automóvil y que rechaza sin embargo el que le ofrece su anciano padre porque "un verdadero militante no debe conocer más que el ómnibus".

Y no es menos cierto cuando se alude a Bunge, a de Tomaso, a toda esa juventud intelectual que, a veinticinco años de distancia, hace recordar a la que antes de la guerra, se agrupaba alrededor de Jaurés y trabajaba con él para transformar el socialismo del estado de secta al estado de partido.

Que tales hombres, igualmente dedicados a la misma causa, hayan llegado a combatirse, a tratarse como hermanos enemigos, a incriminarse mutuamente, con un tesón sin igual, pueden explicárselo los que han conocido antaño en su país, en los comienzos del movimiento, divisiones análogas. Pero con su experiencia del pasado, no pueden admitir que semejante estado de cosas perdure. La Internacional debe intentarlo todo para ponerle fin.

Estas líneas estaban escritas, cuando, con un legajo voluminoso de documentos, recibí un folleto sobre las "*Causas que motivaron el conflicto interno del Partido Socialista de la República Argentina*".

Este folleto contiene el "Informe presentado al compañero Emilio Vandervelde por el Comité Ejecutivo Nacional".

No cabe duda de que recibiremos dentro de poco una respuesta de los Socialistas Independientes.

El Secretariado Socialista Internacional (Bureau Socialiste International) estará así en posesión de todos los elementos necesarios para pronunciarse sobre el conflicto y sobre el pedido de afiliación que le fué dirigido por el nuevo partido.

Habré así cumplido el mandato de información exclusivamente, que me fué confiado.

A la Internacional tocará encontrar los mejores medios para restablecer entre los socialistas argentinos la unidad indispensable para sus progresos futuros.

X

La América Latina y la Sociedad de las Naciones. Argentina y Brasil

En estos últimos tiempos, se preguntaban en Ginebra, si la Argentina y el Brasil, siguiendo el ejemplo de España, volverían a entrar en la Sociedad de las Naciones.

Para quien regresa de Buenos Aires y de Río de Janeiro, la respuesta no parece dudosa. En uno y en otro caso es negativa. Los motivos pueden ser distintos. La conclusión la misma.

*
* *

Hablemos en primer lugar de la Argentina.

He tenido ocasión, durante mi viaje, de conversar

al respecto, con varias personalidades. En una de mis conferencias insistí sobre la importancia de los servicios que aparte de la política, propiamente dicha, la Sociedad de las Naciones ha prestado y sigue prestando: para la restauración económica del mundo, para el restablecimiento financiero de los países de moneda depreciada, para la ayuda a los refugiados de Europa y el Asia, sin hablar de la protección internacional a la infancia, de la prevención contra las epidemias y de otras formas de actividad, secundarias pero importantes.

De una manera general, puede decirse que estas consideraciones no encontraron casi contradictores. Respecto de la Sociedad de las Naciones, la opinión argentina media no parece desfavorable. Escéptica, quizá; bastante indiferente, con seguridad, pero no hostil.

Se sabe que al principio, el gobierno argentino se adhirió prontamente; que vaciló luego en hacerse miembro efectivo, y especialmente en pagar sus cuotas; que desde el año 1920 asistió una sola vez a la Asamblea y varias veces a comisiones importantes; que hasta el presente no se ha retirado formalmente.

También es probable que la reciente decisión de no incluir más en el Presupuesto las cuotas para Ginebra no se habría tomado si no fuera por el nuevo presidente, Irigoyen. Sólo él, o casi sólo él, es netamente contrario a la vuelta a Ginebra; él solo, pero eso basta, pues en estos asuntos el Presidente tiene el voto decisivo.

Durante su primera presidencia, después de 1914, casi toda la Argentina, inclinada hacia la "Entente", quería participar en la guerra; Irigoyen, muy pacifista, muy convencido, también, de que los argentinos no tenían interés

alguno en esa intervención, se negó rotundamente. Muchos creen hoy que desde el punto de vista argentino, no hizo mal. Este antecedente refuerza su autoridad.

Lo mismo, ahora, cuando se habla al Presidente de la reanudación de relaciones con Ginebra, está por anticipado, resuelto a no escuchar. El palabrerío, nacional o internacional, apenas le interesa. Igual consideración le merece Ginebra que Wáshington. Si está en la Unión Pan-Americana, es porque cree que la Argentina tiene interés en pertenecer a aquélla.

Si no está con la Sociedad de las Naciones, es, porque a su juicio la Argentina nunca ha tenido un interés concreto para estar en ella. Que los teóricos de derecho público y de derecho privado, tan numerosos en la América del Sud, que ese plantel de juristas brillantes guste sentarse en el Palacio del Presidente Wilson, esto es cosa de ellos; pero la Argentina que no quiere ser más que argentina tiene que hacer otras cosas mejores que intervenir en querellas o intereses europeos; pues, en definitiva, Ginebra se ocupa casi exclusivamente de los asuntos europeos.

A esto podría contestarse, naturalmente, mucho. Pero sería inútil. Una cosa parece segura: Mientras Irigoyen sea su Presidente, a la República Argentina no le preocupará el problema del retorno a la Sociedad de las Naciones.

*
* *

En lo que al Brasil se refiere, la cuestión se plantea en términos muy diferentes.

Los Estados Unidos del Brasil se retiraron de Ginebra no porque se desinteresaran de la Sociedad de las Naciones, sino por considerar que no tienen allí el lugar que les corresponde legítimamente.

Me consta que algunos dan otros motivos.

Se dice, por ejemplo, que la verdadera razón de su retiro ha sido el deseo de escapar a la fiscalización moral de la Oficina Internacional del Trabajo, de Albert Thomas, y a la obligación de ratificar ciertas convenciones relativas al trabajo.

Se dice, también, que el Brasil, que mantiene las mejores relaciones con los norteamericanos, ajusta a la de éstos, su actitud ante Ginebra.

Es posible que estas consideraciones influyan; pero mientras no se pruebe lo contrario, creemos que los motivos dados por el gobierno brasileño, para explicar su retiro o justificar su negativa al ingreso, son la causa real y determinante de su actitud.

El pueblo brasileño tiene un sentimiento muy vivo de su importancia en el mundo. Son treinta millones de habitantes. Ocupa uno de los territorios más vastos de la tierra, que sólo la China, la India y Rusia sobrepasan. Sus posibilidades futuras son muy grandes. Su desarrollo económico durante estos últimos años ha sido notable. Tal vez como ningún otro país de la América del Sud, el Brasil cuenta con una élite intelectual particularmente avisada y brillante.

En estas condiciones, se considera con derecho a ocupar el puesto permanente en el Consejo, que la ausencia de Estados Unidos deja vacante; e injustamente, por otra parte, se niega a admitir que los argumentos de principio opues-

tos, en 1926, al aumento del número de asientos permanentes, hayan sido otra cosa que simples pretextos para alejarlo.

*
* *

En resumen, parece seguro que ni el Brasil, ni la Argentina, estos hijos pródigos de la Sociedad de las Naciones, están en vísperas de reintegrar el hogar.

Si, por lo demás, quieren verse las cosas como son y no como se querría que fuesen, hay en el mundo, actualmente, no una, sino por lo menos *tres* Sociedades de Naciones: la Sociedad de Naciones, de Ginebra, la Unión de las Repúblicas Soviéticas y la Unión Panamericana.

Una misma nación puede, en verdad, no limitarse a formar parte de un solo grupo: es el caso de varias repúblicas sudamericanas, por ejemplo.

Pero, mientras estados de la importancia de los Estados Unidos del Norte, las Repúblicas Soviéticas, la Argentina, el Brasil permanezcan fuera de Ginebra, se estará lejos de la "catolicidad" internacional soñada, por el presidente Wilson.

Hay que saber reconocerlo, por otra parte: la actual potencia de atracción de la Liga de las Naciones, no deja de estar en "baja"; aparece, en casi todo, como dominada por sus elementos conservadores, desentendida de las cuestiones políticas más graves por un "*caucus*" que se le

reunió; preocupada, por lo demás y ante todo, de los problemas que dividen y agitan a Europa.

Esto puede cambiar, seguramente; y se puede y debe esperarse que cambiará.

Llegará el momento, quizás, en que los tres grandes grupos de naciones, se pongan de acuerdo sobre las fórmulas de armonía y de acción comunes, creando así una verdadera Federación mundial.

En el propio seno de la Sociedad de las Naciones, *strictu sensu*, se buscará forma de representación y, también, de distribución de tareas, que tendrían como fin y efecto desmonetizar la organización, ampliar los derechos de la Asamblea, dar — como lo ha sugerido el Señor Alvarez en su notable informe a la Unión Jurídica Internacional, (Vª Sesión, 1926) — una autonomía más grande a los grupos continentales y regionales.

Pero para que esta transformación tenga el máximun de probabilidad de operarse rápidamente, sería deseable que naciones como el Brasil y la Argentina no quedaran al margen y se decidieran a unirse con los que, desde ahora, en Ginebra se adhieren a esas ideas. Desde ahora, pues, las Repúblicas Sudamericanas tienen una influencia considerable en la Sociedad de las Naciones, influencia que aumentará enormemente, el día en que las dos más grandes de entre ellas tomaran la resolución de volver a su seno.

XI

Conclusión

Lo primero que llama la atención cuando se visitan países como el Brasil o la Argentina, es su inmensidad.

El Brasil con sus treinta millones de habitantes es, solo, más grande que Europa. La Argentina se extiende sobre tres millones y medio de kilómetros cuadrados, o sea unas cien veces más grande que Bélgica. Si tuviera una población tan densa como la nuestra, tendría *más de* 700 *millones de habitantes!* Pero actualmente no pasa los once millones. Esta cifra apenas representa 3,5 habitantes por kilómetro cuadrado. Pero el crecimiento se produce rápidamente. Los argentinos son prolíficos aun en las clases

ricas. Las leyes relativas a la inmigración son liberales. La política restrictiva de los Estados Unidos desvía hacia Buenos Aires a mucha gente que antes habría ido a Nueva York.

Entre los inmigrantes en la Argentina predominan siempre italianos y españoles. Los israelitas y los sirios van en gran número. Los yugoeslavos comienzan a tomar interés por la América del Sud. Los japoneses, aunque son fríamente recibidos, acuden también. En resumen, Buenos Aires, más que Nueva York, debiera detentar el record en cuanto a inmigración de las más diversas naciones. Basta pasear por los barrios del puerto, para advertirlo. Allí puede encontrarse la más inverosímil sucesión de cafés y de restaurantes, italianos, griegos, serbios, rusos, israelitas, alemanes, españoles, etc., y al lado de ellos pintorescos negocios con anuncios y leyendas en todos los idiomas.

Hasta ahora, a lo menos, el gobierno argentino, permite la entrada a todo el mundo, con excepción de los "indeseables". Pero se está preocupando vivamente, de asimilar a los nuevos elementos y — por la escuela sobre todo — hace un esfuerzo considerable para crear una mentalidad nacional.

Con éxito, por otra parte. Desde la primera generación, los hijos de extranjeros, que son argentinos por el solo hecho de haber nacido en el país ("jus soli"), demuestran un patriotismo, muy análogo, en sus manifestaciones al de la juventud "yankee".

Un belga establecido en Buenos Aires nos contaba que recientemente, su hijo, un muchacho de trece años, al volver de la escuela, le dijo:

"Ustedes no pueden comprender las cosas de aquí.

Ustedes son extranjeros. No como nosotros, que somos argentinos".

Este espíritu creado por la escuela degenera a veces en patrioterismo según afirman nuestros camaradas del Partido Socialista, asimismo muy argentinos en el fondo, y sin duda tienen razón.

Pero, a estar al testimonio de todos los extranjeros con quienes he conversado sobre esta cuestión, es muy raro que el nacionalismo argentino sea xenófobo.

La Argentina, todavía tan escasamente poblada acoge bien no sólo al viajero europeo, sino también a aquellos que aportan capitales o fuerzas de trabajo.

Sin duda no es así cuando se trata de los norteamericanos, reacción muy natural contra las tendencias invasoras especialmente del imperialismo del dólar.

Para Bélgica, que es un territorio pequeño y una gran potencia económica es una gran cosa al contrario, aparecer a todos, como un país que no tiene, *ni puede tener* preocupaciones o segundas intenciones políticas.

Nuestras relaciones comerciales con la América Latina son importantes. Compramos allí mucho: trigo, maíz, lino, cueros, carne congelada, café. Si vendemos menos, es en gran parte porque los industriales belgas, acostumbrados antes de la guerra a vender la mayor parte de sus productos a los vecinos inmediatos, no se han decidido hasta el momento, a crear organismos de venta suficiente en los países de ultramar. (Véase Anexo II).

Añadiré lo que dijo uno de nuestros compatriotas, que ocupa en Buenos Aires una situación industrial muy importante:

"Aun del punto de vista del desarrollo de nuestras re-

laciones económicas con la Argentina sería menester que, aparte del intercambio de productos, haya un intercambio intelectual que permita a ambos países conocerse y apreciarse mejor".

Los franceses observan a este respecto una actividad perfectamente ejemplar.

Cada año, envían a la Argentina hombres de primer orden — en 1928, por ejemplo, a Langevin, Bouglé, el Director de la Escuela Normal, Sergent, el célebre cirujajano y otros más — para mostrar al Nuevo Mundo la faz intelectual de Francia.

El *Museo Social Argentino* ha querido iniciar con Bélgica esta propaganda cultural.

Diré, para terminar, que me será inolvidable la acogida que se nos dispensó.

En víspera de nuestra partida, en un banquete que me fué ofrecido y en el que quizás, por primera vez, se vieron sentados en la misma mesa, hombres pertenecientes a los partidos más diversos, el Presidente del Museo Social, señor Amadeo, tradujo en términos particularmente felices los sentimientos de amistad recíproca que unen a los pueblos argentino y belga.

Al reproducir sus palabras, tengo que decirle de todo corazón: ¡gracias!

ANEXOS

ANEXO I

BANQUETE AL Dr. EMILIO VANDERVELDE

Discurso pronunciado por el Presidente del Museo Social Argentino, Dr. Tomás Amadeo.

Señor Vandervelde:

Cumpliendo con lo resuelto por el Consejo Directivo del Museo Social Argentino, os entrego el diploma que acredita vuestra calidad de Socio honorario de la institución.

No es esta la primera vez que acordamos tal forma de homenaje. Os han precedido, en épocas distintas, Albert

Thomas, Teodoro Roosevelt, Guillermo A. Sherwell, Adolfo Posada y otros. Siempre hemos tenido en cuenta los servicios eminentes prestados a la causa de la patria y de la humanidad.

En ese sentido no son menores vuestros méritos a los de tan ilustres predecesores.

Podemos, muchos de nosotros, no estar de acuerdo con vuestra trascendental ideología marxista, pero no habrá uno solo que no admire la nobleza fecunda de vuestra vida, ni la justicia humana de vuestros actos de ciudadano y de estadista.

Es propio de todos los fanatismos el buscar siempre los motivos de separación y de lucha y el hacer pendón de las palabras. Mucho más humano es buscar los puntos de conciliación y de contacto.

Maquiavelo dijo: "El fin justifica los medios". Quizá habría sido más exacto si hubiera dicho: "Los medios justifican el fin".

Para la realización de vuestro ideal marxista ¿cuáles medios habéis excogitado?

En lo político, el sufragio universal, la representación proporcional, la verdad democrática.

En lo económico, una justa distribución de la riqueza y el impuesto progresivo a las sucesiones y a la renta.

En lo social, la libertad de asociación, la jornada de ocho horas, la pensión a la vejez, el fondo de crisis, las habitaciones obreras, el descanso hebdomadario, los jornales en casos de paro involuntario, la lucha contra el alcoholismo y la tuberculosis.

En lo jurídico y penal, la reforma judicial, la deten-

ción preventiva, las circunstancias atenuantes, la regeneración de los delincuentes.

En lo educacional, la escuela del Estado laica y obligatoria. "Buenas escuelas, buenos maestros, buena enseñanza que arme a los niños para la vida, desarrolle su sentido crítico, que les ponga en condiciones de elegir entre las diversas doctrinas".

En lo militar, la conscripción.

En lo internacional, la paz sincera entre las naciones, la colaboración de los pueblos, la confraternidad de todos los hombres; durante la guerra la defensa sin restricciones, de la patria.

Nada de esto se opone a los ideales de un buen demócrata, ni a lo que es esencial en las doctrinas del cristianismo.

Pero aquello no ha sido solamente un programa, sino el motivo íntimo y absorbente de vuestra vida; sobre todo, es la lista de lo que habéis realizado después de ardua lucha. Es el libro vivido de vuestros versos, poeta dinámico, amigo de Maeterlinck y de Verhaeren.

Lo que más nos conmueve es que en todos los momentos de la vida pública y privada vuestras palabras y actos han sido inspirados por un sentimiento profundo de justicia social, un grande amor al pueblo, una explicable compasión hacia las multitudes que sufren, hasta las cuales habéis llegado, más que por la fuerza de la lógica, como un *soplo de bondad*. "Misereor super turbas".

Presidente del socialismo internacional, profundo y original en la doctrina, infatigable en la lucha, inflexible y sincero en las convicciones, sois magníficamente ecuánime y tolerante hasta con el adversario, cuya colaboración

aceptáis cuando así lo exije algún interés patriótico o humanitario.

¡Qué ejemplo para los sectarios de la derecha o de la izquierda que abominan todo lo que proviene de quienes no profesan idénticas doctrinas y llevan hiel en el alma, púas en el cerebro y coraza en la conciencia, siendo así los antiapóstoles de su propia fe!

Muchos aspectos de vuestra psicología son análogos a las características del espíritu del Museo Social Argentino.

Un grande amor al pueblo fué el sentimiento que dió vida a nuestro Instituto, el cual consiguió en su programa el propósito de luchar sin descanso por el mejoramiento de la patria y por la solidaridad humana.

Siempre hemos buscado la colaboración de todos los hombres buenos, cualesquiera que fueran sus doctrinas, dispuestos a trabajar en común por aquellos ideales que se elevan como una aspiración colectiva, sobre todas las luchas y sobre todas las tendencias. Hemos querido constituir un templo de paz y de trabajo para todos los hombres de buena voluntad. ¡Qué difícil es hacer entrar la comprensión de estos propósitos tan hondos y sinceros!

Pero persistimos con férrea voluntad, a través de los años y a pesar de los desfallecimientos y deserciones. Y hemos de triunfar.

¡Cuántas veces se ha vaticinado nuestra decadencia y augurado nuestra próxima muerte institucional!

Pero siempre hemos respondido con optimismo sano, acción vigorosa y el noble ideal que es la causa de nuestra fuerza.

Es que nuestro Instituto no ha nacido y vivido por el

simple capricho de uno o más hombres, sino que es un fruto natural del ambiente y lleva la vitalidad de una idea a la que da calor el amor y el respeto del pueblo.

El también está con vos y con nosotros.

Nacido al grito de libertad, ha sido siempre fiel a este principio. Por eso es grande su optimismo y formidable su pujanza viril.

Por eso es amada aquí, con amor sincero, Bélgica, vuestra patria.

Bélgica, la mártir heroica, que ha detestado siempre a los déspotas y que ha defendido en todo momento su honor y la integridad de su suelo, contra todos los invasores.

Bélgica, colmena laboriosa, que en un mínimo de territorio rinde al mundo un máximo de trabajo y de producción.

Bélgica, ejemplo de disciplina, orden y solidaridad, donde la práctica de la asociación centuplica el esfuerzo de sus hijos.

Sea para ella, también, este nuestro modesto homenaje reverente.

Cuando lleguéis a vuestra patria, señor, decid a vuestros conciudadanos que allá, lejos, a través del mar interminable, donde se ve más próxima y brillante la Cruz del Sur, existe un territorio inmenso y fértil, que se extiende desde las zonas tropicales hasta los témpanos antárticos, dotado de todas las riquezas y de todas las bellezas de la creación, con bosques infinitos, llanuras como las de Rusia, lagos como los de Suiza, cielo como el de Italia, montañas como las de los Alpes y Pirineos, cataratas como las del Niágara. Y que en esa bendición de Dios, abierta liberal-

mente a todos los hombres de buena voluntad, trabaja un pueblo de hombres libres, se funden en una todas las razas, y germina la simiente de un nuevo mundo.

Decidles, sobre todo, que allí se admira a Bélgica como un ejemplo y se le profesa un amor fraternal.

ANEXO II

Bélgica y la Internacional Socialista vistos por un argentino. Socialistas humanos

Los diez días de actividad en Bruselas, que quise aprovechar para tratar el mayor número posible de socialistas de los diferentes países, no me dejaron ni una hora libre para visitar sus monumentos. Y así, no hemos visto ni siquiera la famosa Grand Place con su palacio municipal, ni el "histórico" Mannequen Pir. Los dejé para el último día y... me olvidé.

Tuve no pocas compensaciones, sin embargo, de esa aparente austeridad. Ante todo, la de comprobar que los socialistas allí reunidos parecen creerse en su mayoría más obligados que cualquiera a ser hombres no sólo cordiales

sino de buen humor. Por lo menos aquellos a quienes no traía la preocupación sobre la evacuación del Rin y las cuestiones conexas, encaradas con tan noble valentía por los socialistas de los países interesados, Francia y Alemania. Pero de eso otra vez me ocuparé, por ser demasiado serio para tratarlo de pasada.

La mayor bonhomía, la cordialidad más espontánea es la de los socialistas belgas. Anseele, al explicarnos en Gante, en el salón del hermoso palacio levantado por el esfuerzo de los obreros locales para su banco — una de las tantas obras magníficas de la "Voornit" — el origen y el espíritu de esta obra genial, compensa con creces las dos horas de viaje en tren apretujados de a cuatro en asientos para tres y otras tantas vueltas en autobús por la ciudad sin poder ver prácticamente nada, y encerrados tan herméticamente y tan apretados como sardinas en lata. Difícilmente podría verse una espontaneidad mejor humorada, más juvenil y vigorosa en un hombre joven; pero Anseele pasa ya un tanto los sesenta.

Vandervelde, que pronto podremos escuchar en Buenos Aires, en las conferencias que dará por cuenta del Museo Social, es también un hombre sencillo, fácil y afable, a la par que de una corrección exquisita. Huysmann poco más seco en su trato, es de la misma pasta que los otros, de igual cordialidad y bonhomía. Más joven que los citados, representa diez años menos de la edad que tiene, no sólo por su apariencia física, sino por su temperamento y su curiosidad espiritual.

Wantus, robusto cuarentón, de cara joven a pesar de la barba tupida, es de la escuela de los otros. Ya hablé en otra ocasión con Brouckére.

Valía la pena hacer un largo viaje para tratar a esos hombres. Lástima no haberlos podido contemplar en su obra, ni tratar a otros más. De lo ya conocido antes, de lo poco visto de inmediato, de las conversaciones — que tanto sugieren — deduzco que el partido socialista belga es el más completo en su obra de organización social, y que lo debe a ser el más humano.

Pero en su modo de ser se manifiestan lo mismo todos, con sus diversos matices personales. Esencialmente humanos. El socialismo no es para ellos un seudopuritanismo sin Dios y sin fe, sino método de acción, teoría histórica, ideal, demasiados grandes y exigentes para poder detenerse en pequeñeces.

La espontaneidad humana, el desprecio — más bien dicho, el sano desconocimiento de la preocupación de parecer otra cosa de lo que se es — se manifestaron colectivamente en la fiesta vespertina dada en los jardines de la escuela superior obrera, admirable institución que nos hacía sentir a todos en nuestra casa, y orgullosos de ella.

En torno de las mesas dispuestas sobre el césped, gozando de un atardecer maravilloso, los comensales se agruparon por idiomas. El vino — excelente vino francés liviano, y bebido con moderación — era más fácil de conseguir que el agua. Terminada la comida, cada grupo idiomático comenzó a entonar sus canciones, comenzando por los austriacos, que tienen un bello repertorio. Los holandeses no le iban mucho en zaga. Canciones unas patéticas, otras humorísticas. Todas bien armonizadas y cantadas con gusto.

Los ingleses, en torno de Henderson, el presidente de la Internacional, se dedicaron a las canciones humorísticas,

encabezados por un grupo de jóvenes. Henderson, a pesar de sus sesenta años, participa en ellas con entusiasmo. Iniciada luego una canción en que con cada estribilo se ahorcaba a alguien, ("ahorcar" a alguien en inglés equivale a nuestro "andá, bañate") uno de los muchachos propuso ahorcar a Henderson. Y todos, incluso las señoras, lo ahorcaron en coro, mientras el "ahorcado" creyó de su deber marcar el compás a paso de danza. "Ahorcaron" luego a Lansbury, quien para dar más expresión al juego se tomó él mismo de la corbata, bailando a compás con gestos de ahorcado, y así sucesivamente. Lansbury hace bastante tiempo que ha dejado la juventud. Pero esos hombres *han sido* jóvenes alguna vez, y por eso siguen siéndolo en espíritu.

Que saber ser alegre en el momento oportuno contribuye a que la obra seria se haga con más fresco entusiasmo y más ahondado vigor.

Ninguno, absolutamente ninguno de los socialistas eminentes que he conocido pretende presentarse o es presentado como modelo de "austeridad" barata de corte más o menos a lo Irigoyen.

En la recepción que dió Vandervelde en su departamento alhajado con exquisito gusto, se sirvieron a la par de exquisita naranjada, excelentes vinos y mejores cigarros, y su hermosa y elegante señora se multiplicaba para atender personalmente a todos, con amabilidad que sólo establecía diferencias en casos muy excepcionales, como el de Turatti, un hombre en el que también es perenne la juventud del espíritu y el humor naturalmente alegre y cordial, hasta esforzarse en mantenerlo contra la tristeza del destierro y de la situación del partido que en tanta parte ha sido su obra y que representa diez años menos de los que tiene.

Al ver comer a Turatti grandes sandwiches con excelente y no disimulado apetito, acompañados de una copa de champagne, hube de decirle: " Me causa usted tan agradable desengaño: le conocía como apóstol espiritual de una causa; ahora le veo materializado como hombre; y así lo comprendo mejor en su papel espiritual, humano entre humanos".

Y esa es la moraleja que yo sacaría de los grandes directores de grandes partidos, vistos en la intimidad: cuánto no habrá contribuído a la grandeza y belleza de su obra el que hayan sido, y querido ser, eminentemente humanos, y no ecuaciones algebraicas?

Como me decía Huysmans con expresión feliz: "las matemáticas son muy buenas, pero no sirven para comprender y dirigir los movimientos colectivos, porque, psicológicamente, dos más dos son cinco y no cuatro". (1)

Augusto Bunge.

(1) Carta dirigida desde Bruselas a "Libertad", órgano de los socialistas independientes de Buenos Aires.

ANEXO III

Las relaciones económicas argentino-belgas

Situación económica de la Argentina. — Movimiento de intercambios comerciales entre Bélgica y Argentina.

Comercio exterior argentino en 1924:

Importación:	Totales francos belgas	19.650.000.000
	Parte de Bélgica	1.150.000.000
		Alrededor del 5,5 %
Exportación:	Totales francos belgas	35.000.000.000
	Parte de Bélgica	2.445.000.000—
		Alrededor del 7 %

Comercio exterior argentino en 1926:

En regresión con 1925, tanto sobre las importaciones como sobre las exportaciones. Esta regresión se debió ante todo a las disminuciones de precios. Las exportaciones han aumentado en volumen y disminuído en valor.

Año 1927 (1er. Semestre)

Mejora sensible.

El movimiento de los intercambios con Bélgica ha mejorado.

En el 1er. semestre de 1926, las exportaciones belgas a la Argentina representan 24 1|2 % de nuestras importaciones. En el 1er. semestre de 1927 esta proporción sobrepasa el 35 %.

Indice del aumento de las importaciones Argentinas en 1925 comparadas con las de 1913 para los seis principales países proveedores:

Estados Unidos	282 %	
Gran Bretaña	124 %	
Alemania	120 %	
Italia	193 %	
Francia	137 %	
Bélgica	157 %	(6º lugar)

Empresas belgas en la Argentina

—Sociedad Anónima Grandes Molinos y Elevadores de granos, Bmé. Mitre 226, Bs. As. (Sucursales en Rosario y Córdoba).

—Estancias Amberenses Sudamericanas, 25 de Mayo 35, Bs. As.

—S. A. Grandes Panaderías Sudamericanas, Canalejas 735, Bs. As.

—Carlos Dankaert, constructor mecánico, Bs. As.

—Julio Dormal, arquitecto, Bs. As.

—A. J. Dockir, tintorería, Bs. As.

—Ed. Pallemaerts (Música), Bs. As.

—Cía. de Tranvías Eléctricos, Rosario de Santa Fe.

—Sociedad de Electricidad de Rosario, Rosario de Santa Fe.

—J. Durieux e hijo (mecánica), Córdoba.

—Olivier Salmón, viticultor, Mendoza.

—Carlos Mr. Thirion, botellería, fábrica de tintas, Rosario.

—Sociedad hipotecaria Belga Argentina.

Además 31 firmas belgas tienen establecidos una oficina o un representante en la Argentina.

Líneas belgas de navegación

Tres compañías belgas tienen un servicio regular entre Amberes y Buenos Aires.

1º Lloyd Real Belga.

2º Compañía Real Belga Argentina (Armador Depps).

3º Compañía Sud Atlántica Belga.

En 1927, el movimiento entre Amberes y Santa Fe fué de 16.000 toneladas aproximadamente por mes en la exportación y 1.000 toneladas en la importación.

INDICE

Pág.

I. Cómo desembarcamos en Buenos Aires 9
II. Nuestros primeros días de estada en la capital argentina 13
III. De viaje por el interior: Rosario, Córdoba, Tucumán, Mendoza 19
IV. Alrededores de Buenos Aires 37
V ."El Peludo" 45
VI. Dos días en el Uruguay 51
VII. Una semana en el Brasil 59
VIII. Feliz quien, como Ulises, ha hecho un buen viaje 67
IX. Las disidencias Socialistas en la Argentina . . . 75
X. La América Latina y la Sociedad de las Naciones: Argentina y Brasil 85
XI. Conclusión 91

Anexos:

I. Discurso del Señor Amadeo, Presidente del Museo Social Argentino, en ocasión del banquete ofrecido a Emilio Vandervelde 97
II. Bélgica y la Internacional Socialista vistos por un argentino 103
III. Las relaciones económicas belga-argentina . . . 109

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00027823375